

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 18. — N° 345.

Administración general, passage Saunier num. 4, en Paris.

SUMARIO.

La bandera del regimiento de Wasa. grabado. — Una historia de carnaval. — Revista de Paris. — Episodios de la guerra de Italia: grabados. — Para el amor y muerte no hay cosa fuerte. — Los preliminares del armisticio y de la paz: grabados. — Campamento de tropas piemontesas cerca de la aldea de Pont: grabado. — Meditación. — Un amante desgraciado. — El deseo del bardo. — La bandera de guerra española en los mares del Norte y de Oriente. — Del personalismo y del socialismo. — El paso del Rinco por el ejército francés: grabado. — Cantina de oficiales: grabado. — Venecia y sus lagunas: grabados. — Discurso apologético del mérito literario de don Leandro Fernandez de Moratin. — Alejandro de Humboldt: grabado.

La bandera del regimiento de Wasa.

Durante la sangrienta batalla de Solferino, una parte del regimiento austriaco de Wasa cortada del resto de las tropas imperiales, buscó un refugio en la iglesia de Solferino y en la casa de ayuntamiento que está contigua.

Ocho ó diez soldados franceses de diversos cuerpos ligeros y cazadores de la guardia, fusileros del 76° de línea lanzados por las calles del pueblo en persecucion de los fugitivos, llegaron á la iglesia y penetraron en ella con la bayoneta calada.

Pero un oficial les contuvo con esta frase:

— Nos rendimos; hemos depositado nuestras armas.

Los soldados no se quedaron muy satisfechos de aquella captura sin combate.

Tres de ellos se pusieron de centinela á la puerta y los demás iban á proseguir su correría, cuando un ligero se dió un golpe en la frente y penetró en la iglesia donde le siguieron sus compañeros. Se fué derecho al oficial que le habia hablado y le dijo:

— Sois un regimiento si no una brigada; veo un coronel, debéis tener una bandera, entregadla.

El oficial se puso pálido; los otros se miraron con inquietud.

— No sabemos qué ha sido de ella; ignoramos si la han cogido ó se ha salvado; lo cierto es que no la tenemos.



SOLDADOS FRANCESES DESCUBRIENDO LA BANDERA DEL REGIMIENTO DE WASA ESCONDIDA EN LA SACRISTIA DE LA IGLESIA DE S. IPIERINO.

M^e Martine

Y su voz temblaba al pronunciar estas palabras. El soldado le clavó los ojos y con aire amenazador le dijo:

— Venga la bandera.

El oficial enmudeció; sus compatriotas estaban consternados.

— Si no la entregais, exclamó otro soldado, dentro de un minuto no queda vivo un jefe.

Y añadiendo la acción á las palabras, los franceses dirigieron sus bayonetas al pecho de los oficiales austriacos que no podían retroceder. La masa compacta de sus hombres llenaba el fondo y los lados de la nave.

El ligero había distinguido un cadete de unos diez y seis años que trataba de esconderse temiendo lo que iba á suceder, y cogiéndole del brazo, le llevó hasta sí y le dijo:

— Si no me descubres donde está la bandera, eres muerto.

El joven estuvo á punto de desmayarse. Titubeó, quiso resistir, y por último se dirigió lentamente hacia la sacristía acompañado de los gritos de júbilo de los franceses y de los sordos murmullos de sus compatriotas.

Para evitar el dolor de entregar la bandera los oficiales, la habían sacado del asta, y doblándola como los paños de seda con que se cubre el cáliz, la habían confundido con los ornamentos de iglesia, persuadidos de que nadie se atrevería á profanarlos.

Sin la perspicacia del ligero, el cálculo habría salido bien; los soldados admiraron su ingenio cuando el cadete les hubo señalado un armario que abrieron encontrando en él lo que buscaban.

Entre tanto un cazador escudriñando los rincones descubría el palo detrás del altar mayor y le sacaba en triunfo.

Pero una vez en posesión del trofeo, magnífico estandarte ricamente bordado de oro con las armas del imperio y el nombre del regimiento, poco faltó para que estallara la discordia entre los conquistadores. Cada cual quería ser dueño de la bandera.

Por fortuna acertó á pasar entonces el general Forey seguido de sus edecanes.

— ¿Qué es eso? preguntó.

Los soldados le contaron lo sucedido y le explicaron el derecho de cada cual para poseer el trofeo.

— Os voy á poner de acuerdo, repuso el general; dadme esa bandera, y esta misma noche la tendrá el emperador con vuestros nombres. Comandante, escribid los nombres y á la cabeza el del ligero que tiene tan buenas ideas.

Y efectivamente, la bandera del regimiento de Wasa fué presentada al emperador en compañía de los otros tres estandartes austriacos conquistados en aquella jornada memorable.

C. DE LA S.

UNA HISTORIA DE CARNAVAL.

(Conclusion. — Véanse los núm. 340 y 341.)

VIII.

UN PARÉNTESIS.

El autor pudiera entretener grandemente á sus lectores refiriéndoles minuto por minuto todo lo que Juan hizo desde las seis de la tarde en que recibió la cita, hasta las ocho, hora en que debía esta verificarse.

El autor hará gracia al lector, no de todas, sino de muchas de sus observaciones, por creérlas inútiles al punto á que ha llegado su historia, contentándose con referir las puramente precisas al lugar y al héroe de su novela.

El autor declara como hombre de conciencia, que si obrara de otro modo robaría el tiempo á los lectores.

El autor se permite además...

— UN LECTOR, interrumpiendo al autor. — Suplico á Vd., señor autor, que no siga adelante, so pena de poner en contradicción sus hechos y sus palabras.

— EL AUTOR. — Comprendo toda la justicia de esa observación; y por lo tanto pongo fin á este capítulo.

IX.

PREPARATIVOS.

¿Qué hora es?

La pregunta que sirve de epígrafe á este capítulo ha sido repetida lo menos una vez por segundo desde que Juan ha llegado á su casa.

Hace dos horas que está en ella, por lo cual fácil será al lector calcular el número de preguntas que ha hecho nuestro héroe.

Creemos útil y conveniente, toda vez que faltan cinco minutos para la hora señalada, aprovechar este breve espacio de tiempo para dar una ligera idea de lo que Juan ha hecho y pensado en los ciento y quince que han transcurrido desde que está en posesión de la cartera.

El lector podrá á su antojo figurarse la habitación: grande ó pequeña, rica ó modestamente amueblada; nosotros solo podemos decir que Juan paga por ella á su patrona quince reales diarios, precio que acaso parezca exagerado para un estudiante, pero que es lo que

la fortuna de Juan, que de mediana hemos calificado, le permite pagar para vivir con ciertas comodidades.

Nuestro provinciano ha quitado de enmedio algunas prendas que como es costumbre suelen andar rodando por encima de los muebles; ha arreglado los libros y papeles esparcidos sin orden ni concierto encima de la mesa; ha hecho que la criada quite el polvo á las sillas, y ha dado por último á su habitación cierto aspecto de aseo y propiedad que no es habitual en un cuarto de soltero y á mas de estudiante.

Para hacer desaparecer el olor á tabaco que se nota en una habitación de hombre ha esparcido por el suelo un medio frasco de agua de Colonia, y ha aromatizado el aire quemando en un brasero una docena de pastillas del serrallo.

Dispuesta ya convenientemente la habitación, ha atendido á su persona. Al efecto ha recordado que un novelista francés anatematizaba y con razón el que un amante, en situación parecida á la suya, se hubiese vestido de la bata y gorro griego, y deseando no caer en igual impertinencia, ha conservado su traje de paseo, si bien cuidando de hacer con la ropa igual operación que la ejecutada por la criada con las sillas y muebles del cuarto.

Una vez cepillado el pelo y limpiadas las botas, arreglado el cabello, perfumado el pañuelo y satisfecho con ayuda del espejo de su porte y persona, ha decidido la media hora que falta para la cita en combinar en su imaginación el plan de la escena que allí va á representarse.

Su exaltada imaginación como caballo desbocado le ha sugerido ya un monólogo sentimental, ya un dúo semi-serio, ya un párrafo de deslumbradora elocuencia; ha hecho esfuerzos inmensos de memoria para recordar las frases apasionadas que ha escuchado en un teatro, y los diálogos eminentemente dramáticos de algunas novelas modernas.

Fuerte con estos pterochos y firme (si no lo está á lo menos cree estarlo) en las posiciones estratégicas que ha adoptado, Juan espera impaciente la llegada de su dulce enemiga.

La aguja del reloj que para Juan marcha con horrible lentitud, marca por fin las ocho. El lector nos permitirá que suspendamos aquí nuestra descripción, toda vez que han transcurrido los cinco minutos que nos habíamos permitido emplear en ella.

En el interior de la casa suena una campanilla.

Es la señal que anuncia va á comenzar el acto.

Se alza el telón.

X.

TABLEAU.

¿Quién es ella?

BRETON.

Abrióse la puerta del cuarto de Juan, y apareció en el dintel una mujer vestida de negro y cubierta la cara con un velo, tan tupido y espeso que era imposible distinguir sus facciones.

— ¡Gracias, gracias! exclamó Juan saludando á la desconocida y conduciéndola al sofá en que ambos se sentaron.

— ¿Con tal impaciencia me esperábais?

— Han sido para mí tres siglos los tres días que han transcurrido desde nuestro encuentro en el Teatro Real.

— Permittedme dudar de esas palabras.

— Dudar de ellas es dudar de mi amor.

— ¿Quién sabe si el vuestro no habrá sido mas que un capricho de carnaval!

— ¡Oh! semejante duda me ofende...

Aquí el bueno de Juan ensartó un largo discurso para probar á la tapada que su amor era verdadero, cierto, profundo... que en su corazón ardía el devorante fuego de los primeros días en que se conocieron; que su recuerdo nunca se había apartado de su memoria, terminando su peroración altamente sentimental y romántica con mil juramentos y protestas.

Escuchábale la desconocida al parecer con marcada atención: las palabras del provinciano parecían impresionarle; su actitud era lánguida y descuidada: había abandonado una de sus manos entre las de Juan que la estrechaba amorosamente entre las suyas.

Una cosa sin embargo intrigaba á nuestro héroe, y era aquel espeso velo que le ocultaba la faz de su adorada mas y mejor que la careta, aquel incógnito tan severamente conservado, aquel empeño en no descubrirse cuando á su entender no había ya para qué guardar tanto misterio.

Seguramente que hubiera intentado levantarlo, pero temía incomodarla, temía que su audacia fuera castigada con una eterna despedida, con un completo rompimiento.

De vez en cuando le asaltaba el temor de una mistificación: la imagen de la vejez se le aparecía con su acompañamiento de arrugas y canas. ¿Cuál no sería su mortificación si aquella conquista que él se había imaginado, joven, bella, fresca, adornada con todos los encantos de la primavera de la vida, fuese un espectro, un helado invierno, una vejez á lo mas bien conservada?

A fin de salir de tanta duda, nuestro héroe insinuó lo mejor que supo y pudo su deseo. Mostróse nuevamente apasionado, uso de frases ardientes, invocó su amor, renovó sus juramentos y concluyó suplicando á la tapada que dejase de serlo.

— Accedo, dijo esta, á la súplica que me dirigís, pero con una condición.

— La acepto desde ahora, sea lo que quiera lo que tengais á bien imponerme.

— ¿Prometeis no incomodaros, no dirigirme reproche alguno, veais lo que querais, por extraño que os parezca?

— Lo prometo, contestó Juan con voz solemne.

— Creo que os habeis de arrepentir de esa promesa, y confío en vuestra palabra sin embargo.

— ¿Porqué me la habeis exigido entonces?

— Quién sabe... en fin, prefiero creerlo, y puesto que hemos llegado á un punto en que ya ni uno ni otro podemos retroceder; en que es preciso que la verdad se aclare; en que es necesario que nos conozcamos...

Aquí la tapada se interrumpió como si se arrepintiera de decir lo que seguir debía á la frase comenzada.

— Continúa... continúa... os lo suplico...

— ¿Pero á qué deciros mi nombre... cuando me conocéis?...

— ¡Que os conozco! exclamó Juan asombrado. Si por conoceros se entiende sentir una voz secreta que nos lleva á distinguir entre mil la mujer que amamos, seguramente que os conozco... Si por el contrario, aludís en vuestras palabras á haberme visto y tratado antes de ahora... yo tambien debo hacerlos una confesión... que espero me perdonareis... Cuanto os dije en el Teatro Real, al principio de nuestra aventura, fué pura invención... Yo no he tenido antes de ahora amores con vos... ¡Oh! ¡no me condeneis sin oírme!... Yo os amo, ardiente, apasionadamente, el amor que os tengo es tan profundo, tan grande, tan verdadero, como si contara largos años de existencia... Aprovecho el error en que estábais, lo confieso... acaso hice mal... pero ¿quién no hubiera hecho lo mismo en mi lugar?... Vuestra gracia... el encanto que hay en vuestra conversacion... la elegancia de vuestra persona...

— Basta, basta; no sigais por Dios; interrumpió la tapada lanzando una sonora carcajada. No habeis de mis gracias y de mis encantos: decid mas bien que os agradó y aun hasta creísteis nuevo y altamente cómico y divertido el *quid pro quo* que os salía al encuentro. Confesad que creísteis engañarme, y para que no os quede remordimiento alguno de semejante confesión, yo os haré por mi parte otra parecida: tampoco yo os conocía... es decir, tampoco yo había tenido amores antes con vos... Nada pues tenemos que echarnos en cara... la burla ha sido por igual...

— ¿Y qué interés teniais vos en esa broma? preguntó Juan cuyo asombro crecía á medida que avanzaba en la conversacion con la tapada.

— Uno no mas, que estoy segura no me agradareis. Habeis venido á Madrid con deseo de divertirlos, de disfrutar del carnaval. Yo he ayudado ese deseo... yo le he satisfecho... yo os he proporcionado una broma por dia... una aventura nueva cada noche y en cada baile... yo he sido bajo la careta vuestro ángel tutelar... yo soy vuestra beata del Prado; vuestro dominó de Capellanes, vuestra amante del Teatro Real... ¿Qué mas queréis?... ¿Estais disgustado?... ¿Mortifica vuestra vanidad esta mi confesión?...

— Yo me vuelvo loco... mujer ó demonio, ¿quién sois?...

— ¡Mirad... y decidlo vos mismo!...

Y al propio tiempo la tapada levantó el velo que la cubría.

Juan fijó ávidamente sus ojos en ella: al verla quedó petrificado: la mujer de sus sueños, la mas cara de sus aventuras, el objeto de sus apasionadas frases, era... Antoñita, su patrona.

XI.

EPILOGO.

La presente historia nos ha sido referida por el mismo que en ella figura como autor principal.

Nada nos dijo de lo que siguió á su explicacion con la patrona; por lo que nuestros lectores tendrán á bien no extrañar nuestro silencio en este punto.

Debemos inferir sin embargo, que aunque amarga, Juan llevó con paciencia la lección recibida, puesto que cuando le conocíamos seguía aun viviendo con la autora de ella.

Esto nos hizo admirar dos cosas: el talento de la patrona y la *bonhomia* del huésped.

En el último carnaval nos hemos encontrado al bueno de Juan en casi todos los bailes de máscaras, pero siempre solo.

Nunca son perdidas las lecciones de la experiencia.

Cuando algun paisano suyo llega á Madrid y toma de él informes respecto á los bailes de máscaras, saca la cartera y enseña una página de ella escrita en breve y conciso pero elocuente estilo.

Es la cuenta de lo que le costó su primera aventura.

Es su hoja de servicios: su diploma de don Juan Tenorio.

Asciende á unos dos mil y quinientos reales, gastados segun él en carruaje, billetes, dulces, cenas y demás, es decir, los derechos del título.

Una sola partida nos llamó la atención en la cuenta. Decía así:

Regalados para un traje. . . . 500

Estos 500 reales segun noticia dada por el mismo

Juan, proceden del billete que se llevó con la cartera su patrona.

Esta después de la explicación se los devolvió á Juan: Juan entusiasmado con semejante rasgo de probidad se los regaló á su patrona. Por esto figuran en la cuenta con el epígrafe citado.

Lector, cuida de no divulgar este suceso, porque si á circular llega entre las patronas de huéspedes, los que de esta manera vivimos, estaremos continuamente amagados de una reproducción en contra nuestra de la aventura de Juan el provinciano y de Antoinette la viuda jubilada de un coronel.

E. M. CUENDE.

Revista de Paris.

Roger, el célebre tenor de la Opera Francesa, acaba de sufrir una desgracia terrible, que sin duda le alejará del teatro para siempre. Hallábase estos dias en su residencia campestre de Villiers del Marne, y una mañana habia bajado á su parque con ánimo de matar un faisán que habia distinguido la tarde anterior.

A unos cinco pasos de su casa, una habitacion espléndida que ha restaurado últimamente y amueblado con opulencia régia, hay una empalizada y un cercado: Roger dejó su escopeta apoyada en la empalizada y saltó el cercado; después tomando el arma por el cañon, la llevaba hacia sí, cuando se disparó y la carga le destruyó el antebrazo.

En la casa oyeron un ruido sordo seguido de un grito de dolor. Roger, haciendo esfuerzos inauditos en medio de un sufrimiento intolerable, pudo llegar hasta su casa, donde un médico del pueblo le hizo la primera cura.

Esto sucedía á las siete y media; á la una llegaban por el ferro-carril el doctor Hugnier, cirujano mayor del hospital Beaujon, y el doctor Laborie, médico-cirujano del Asilo imperial de Vincennes, agregado al servicio de la Opera.

Al primer exámen de la herida entrambos declararon que la amputación era necesaria y que habia urgencia en llevarla á cabo, pues de otro modo no respondian de la vida del enfermo.

Algunos instantes después comunicaron esta terrible resolución á Roger, quien respondió con firmeza que estaba dispuesto á dejarse operar.

Antes y después de la operación que se hizo con una rapidez maravillosa, el artista conservó la mayor sangre fría consolando á su mujer, tranquilizando á sus amigos y hasta sonriéndose con una serenidad extraordinaria.

A las tres todo estaba terminado.

Ningun accidente ha sobrevenido hasta ahora después de la operación, y se cree que el artista se hallará prontamente restablecido.

El ajuste de Roger en la Opera Francesa concluía este año, y Calzado estaba en tratos con él para la próxima temporada. Con este motivo el tenor de los *Hugonotes* y del *Profeta* estudiaba ya *Rigoletto* y la *Traviata*, y contaba adquirir nuevos triunfos en el desempeño de la música italiana que, á decir verdad, nos parece mas propia para sus facultades que la de los compositores alemanes y franceses.

Habiendo fracasado este proyecto, Calzado se encuentra sin tenor para la próxima temporada. Mario irá á Madrid con la Grisi, después de haber sufrido en Londres uno de sus posteriores desengaños. El público inglés, tan fanático hasta aquí de Mario y de la Grisi, se ha cambiado de súbito, y en el dia en vez de aplausos prorrumpe en otras demostraciones no menos estrepitosas, pero sin duda menos halagüeñas para estos dos artistas.

En Paris tarde ó temprano debia suceder lo mismo. Lo deploramos por el simpático tenor, y le deseamos en España una buena acogida.

Sin Roger y sin Mario, Calzado se hallará en un apuro. Tamberlick no vendrá hasta marzo próximo, y aun estará menos tiempo que de costumbre, pues según nos aseguran, se ha ajustado para Rio Janeiro con el sueldo de siete mil pesos fuertes mensuales.

Ningun teatro europeo pagaria hoy esa cantidad exorbitante á un artista, por grande que fuera su fama.

La casualidad produce á veces cosas singulares. Hé aquí una anecdota muy sencilla por cierto, donde se ha manifestado su intervencion de un modo favorable.

En los primeros meses del año actual llegó á Paris un jóven con ánimo de solicitar un empleo.

Ernesto, así se llamaba el jóven, se hallaba enamorado y debia casarse con una niña que tenia como él un poco de fortuna.

El casamiento se habria celebrado inmediatamente si los novios hubiesen sido libres; pero la jóven tenia padres muy prudentes, que temiendo los inconvenientes de la ociosidad, exigian que el futuro yerno se ocupara en algo.

Ernesto llegó pues á Paris en busca de esa ocupación que le imponian.

Después de haber dado muchos pasos infructuosos, concentró su ambición en un destino modesto de una oficina pública, cuyo acceso le parecia fácil.

Desgraciadamente cuando le habian hecho ya muchas promesas y estaba á punto de lograr lo que deseaba, el alto funcionario que era su protector fué reemplazado por otro que le era absolutamente desconocido.

Ahora bien; los padres de la novia de Ernesto, poco entusiastas de aquella alianza, se aprovechaban de su ausencia para decidir á su hija en favor de otro pretendiente mas de su gusto.

La dijeron que Ernesto pasaba el tiempo en Paris en divertirse, y no en trabajar para facilitar y acelerar su enlace.

Tanto la repetian esta canción, que ella comenzó á darla crédito.

Sabedor Ernesto de sus dudas, se decidió á abandonar momentáneamente sus pretensiones en Paris, queriendo regresar á su ciudad natal para restablecer la buena armonía en sus amores.

La víspera de su marcha, al tomar la llave en la portería para subir á su cuarto, fijó por casualidad los ojos en una carta que estaba sobre la mesa, y leyó el apellido de un antiguo compañero á quien habia perdido de vista hacia muchos años.

Pidió informes al amo de la casa, y habiendo reconocido por la descripción que le hizo este del viajero, que debia ser el mismo que él creia, encargó le dijeran que entrase á verle en cuanto llegara.

A las once de la noche llamaron á la puerta de Ernesto.

— Adelante, dijo el jóven.

— ¡Ernesto! exclamó el recién llegado arrojándose en sus brazos.

— ¡Mi amigo Cipriano! contestó Ernesto; no me equivoqué.

Y pasadas las preguntas ordinarias:

— ¿Qué haces en Paris? le dijo.

Cipriano contó que era capitán de infantería, que se iba á Italia, que acababa de llevar á su mujer con su familia, y que él debia salir al dia siguiente.

— ¿Estás casado? preguntó Ernesto.

— ¿Y tú?

Ernesto contó su historia, habló de sus pasos infructuosos y de sus temores.

Al oír el nombre del alto funcionario de quien dependia la felicidad de su amigo, Cipriano le interrumpió en estos términos:

— ¿Y piensas marchar mañana?

— Sí, mañana al medio dia.

— Pues esperarás hasta las once de la noche.

— ¿Y porqué?

— Porque quiero llevarte conmigo.

— ¿A dónde?

— A una visita.

— ¿Con qué fin, amigo mio?

— Ya lo verás.

Cipriano se entró en su cuarto, escribió un billete y le mandó por un mozo de la fonda á la persona á quien iba dirigido.

A la otra mañana los dos amigos almorzaron juntos en un café donde Cipriano esperaba la contestación á la carta que habia escrito la víspera.

A los postres llegó con ella el mozo de la fonda, Cipriano la leyó, y tomando el sombrero dijo á su amigo:

— Ahora vamos á ver á mi suegro.

— ¡Tu suegro! exclamó Ernesto; no le conozco.

— No le hace: le conocerás ahora y le darás las gracias, pues le debes tu felicidad.

— ¿Qué dices?

— Sí, te ha dado el empleo que solicitabas.

— ¡Cómo! tu suegro...

— Es justamente el que ha sucedido á tu antiguo protector.

— ¡Oh, feliz casualidad! exclamó Ernesto arrojándose en brazos de su amigo. ¡Y pensar que si no te hubiera visto ayer hoy salia de Paris!...

Ernesto recibió á los pocos dias el nombramiento de su empleo, alcanzó un mes de licencia para casarse, y una vez efectuado su matrimonio, vino á Paris con su esposa, llegando así al colmo de todos sus deseos.

El tribunal correccional ha condenado á la pena de encierro á media docena de estafadores que en un año habian cobrado muchos miles de francos de cuatro compañías de seguros sobre la vida.

El mecanismo que habian organizado para ello era sumamente sencillo.

Principiaban por buscar un hombre con pocas semanas de vida, como verbigracia, un ético, un canceroso, etc.; una vez hallado el individuo, constituian sobre su cabeza un seguro en beneficio de un tercero, y á la muerte del asegurado el tercero repartia con sus cómplices la suma que pagaba la compañía.

Estos cómplices indispensables eran el inspector, el agente y el médico de la compañía.

Este último estaba encargado de dar un informe favorable sobre la salud del individuo, y en presentar como muy robusto y vigoroso al pobre hombre cuya muerte próxima era la base de la operación.

Un médico y un cirujano figuraban en la causa. El primero no esperó á que se abrieran los debates. Después de haber sufrido el primer interrogatorio conoció que estaba perdido sin remedio.

El 7 de marzo compareció ante el juez de instrucción; el 9 hizo su testamento, y el 11 se suicidó después de haber enviado la carta siguiente á uno de sus amigos:

«Mi querido amigo: te pido perdon por la aflicción que voy á causarte.

» Encausado por un negocio del cual no he sacado otro provecho que la vergüenza que hoy me agobia, el hastio de la vida se ha apoderado de mí y voy á suicidarme.»

«Quizá era este el menos culpable de todos.

La mayor parte de los delincuentes eran como él hombres de consideración en el pais, y todos se hallaban, si no ricos, en una buena posición social.

De todos los actores de esta comedia el único que no se hallaba en el secreto de la intriga era el asegurado, que se paseaba con candor en medio de todos ellos, sin echar de ver los temores, las esperanzas y las ilusiones que descansaban en su cabeza.

Pero si por acaso trataba de engañar la confianza de aquellos que le habian elegido, si entraba en burlas con la muerte, entonces aceleraban el término de sus dias, por supuesto salvando muy bien las apariencias. Si estaba tísico, le casaban

con una mujer jóven, y el golpe estaba dado de un modo infalible.

La justicia tiene necesidades muy crueles:

De los cuatro individuos que habia asegurado esta sociedad famosa, uno existia todavía en el momento del proceso: el seguro consistia en 100,000 francos. Ahora bien; los facultativos llamados á la audiencia declararon que este infeliz «crenia todas las señales racionales de la tisis pulmonar.»

Los periódicos han publicado esta declaración, que sin duda habrá leído el paciente entre las demás peripecias del proceso.

MARIANO URRABIETA.

Episodios de la guerra de Italia.

Nuestro deseo de satisfacer prontamente el interés natural que han debido despertar en nuestros lectores los grandes sucesos ocurridos en Italia, nos ha hecho prescindir en nuestros números anteriores de todas aquellas cosas que presentaban un interés secundario para dar cabida á las relaciones y á los cuadros de las memorables batallas que se han sucedido con tanta rapidez en el corto tiempo que ha durado la lucha. Ahora nos proponemos llenar ese vacío, no solo con respecto á los incidentes particulares de la guerra, sino tambien relativamente á otros hechos de actualidad como artículos necrológicos, noticias de la expedición de Cochinchina, de las obras del istmo de Suez, etc., que por aquella razon han debido quedar postergados, y que seguramente no perderán su atractivo por ver la luz en nuestras columnas con algunas semanas de retraso.

El gran preboste del ejército francés interrogando á los espías austriacos la víspera de la batalla de Solferino.

— Desde el principio de la campaña visitaban las líneas francesas muchos espías austriacos disfrazados de todas maneras, con traje de aldeanos, de traficantes, de viajeros, de sacerdotes, etc. En Génova y en Alejandria sorprendieron á varios de ellos con el uniforme de oficial francés. En Milan, después de la batalla de Magenta, se prendieron algunos vestidos de zuavos.

El coronel de Vernon, gran preboste del ejército francés, estaba siempre alerta. — La víspera del 24 de junio fueron presos por las patrullas algunos oficiales austriacos que exploraban los campamentos disfrazados de aldeanos. El emperador Francisco José, decidido á dar un ataque, trataba de conocer la fuerza real del ejército y la posición que sus diferentes cuerpos ocupaban.

El tribunal del prebostazgo compuesto del gran preboste, presidente, y de dos capitanes de gendarmería, asesores, cuenta entre sus numerosas atribuciones la de juzgar en campaña á los desertores y á los espías. Sus sentencias son ejecutorias sin apelación.

Derrota y fuga de los austriacos detrás del Mincio.

Después de la batalla de Solferino, cuando los franceses se quedaron dueños del campo, la retirada de los austriacos se convirtió en una fuga precipitada. El emperador Francisco José se habia retirado de Volta desde donde observaba los progresos del ejército francés, yendo á ponerse en seguridad detrás de las murallas de Verona. Las tropas austriacas corrian en confusión hasta pasar el Mincio. En vano los oficiales, los jefes de los cuerpos, furiosos con la pistola ó el sable en la mano, querian contener el torrente y conservar en la orilla derecha una fuerza bastante para oponerse al paso del vencedor, y que fuera el núcleo de una nueva resistencia en las últimas posiciones. Pero los soldados huían con la cabeza baja insensibles á todo, y sin pensar mas que en salvarse individualmente.

El rey Victor Manuel en Castelnuovo.

— Algunos dias antes del armisticio el rey Victor Manuel se fué á las alturas de Castelnuovo, donde se acampaba una parte del 1.º cuerpo del ejército francés. Victor Manuel, escoltado por los oficiales de su estado mayor, subió con rapidez la cuesta que conduce al cerro; mientras los soldados, ociosos á tales horas del dia, presenciaban como aficionados y en traje ligero los cambios de saludos que se hacian las baterías piamontesas y los fuertes de Peschiera.

Cuando el rey apareció en la cresta, los soldados franceses abrieron paso y saludaron á S. M. El rey y sus oficiales se pusieron á observar lo que pasaba por el lado de la fortaleza, y los soldados, viendo la franqueza de S. M., rodearon en breve á los observadores, olvidando que estaban en mangas de camisa. Del respetuoso silencio pasaron muy en breve á una familiaridad agradable, y entablaron una conversación que divirtió mucho al rey del Piamonte.

Los prisioneros franceses y sardos en Viena.

— El dibujo que publicamos con este título demuestra que la población austriaca ha querido corresponder á la buena acogida que han recibido en Francia los prisioneros austriacos.

Para dar á esta manifestación el mérito que la corresponde, advertiremos que tenia lugar antes de la paz y después de la batalla de Solferino.



EL GRAN PREBOSTE DEL EJERCITO FRANCÉS INTERROGANDO A LOS ESPÍAS AUSTRIACOS LA VÍSPERA DE LA BATALLA DE SOLFERINO.

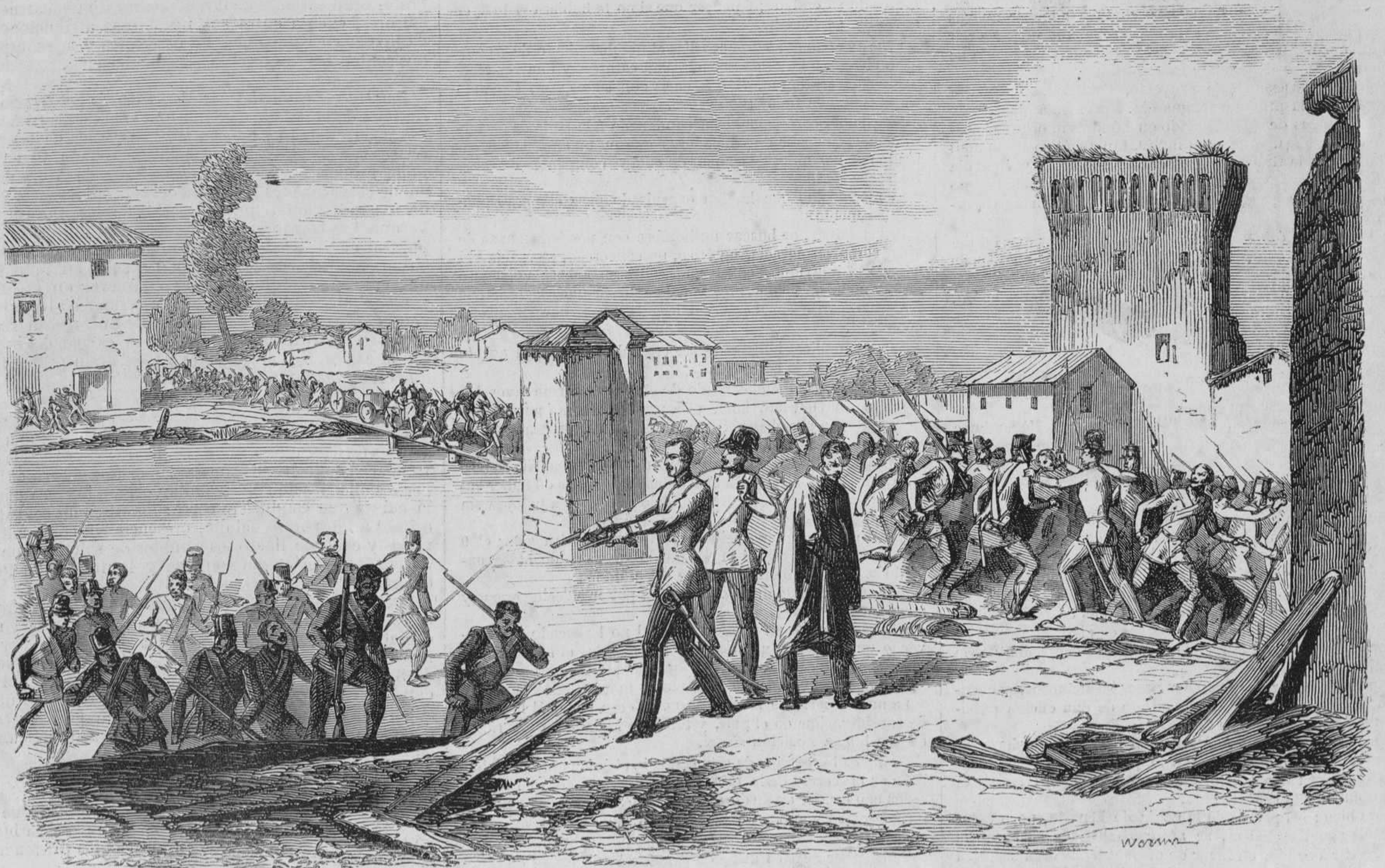
Los prisioneros franco-sardos encerrados durante algunas horas en la *Franz-Josef Kasserne*, fueron objeto de la más tierna simpatía por parte de los habitantes de Viena. En el dibujo se ven las señales de esta simpatía; todo lo que puede dulcificar la penosa suerte de

esas víctimas vivas de la guerra, les fué ofrecido de buena voluntad y espontáneamente.

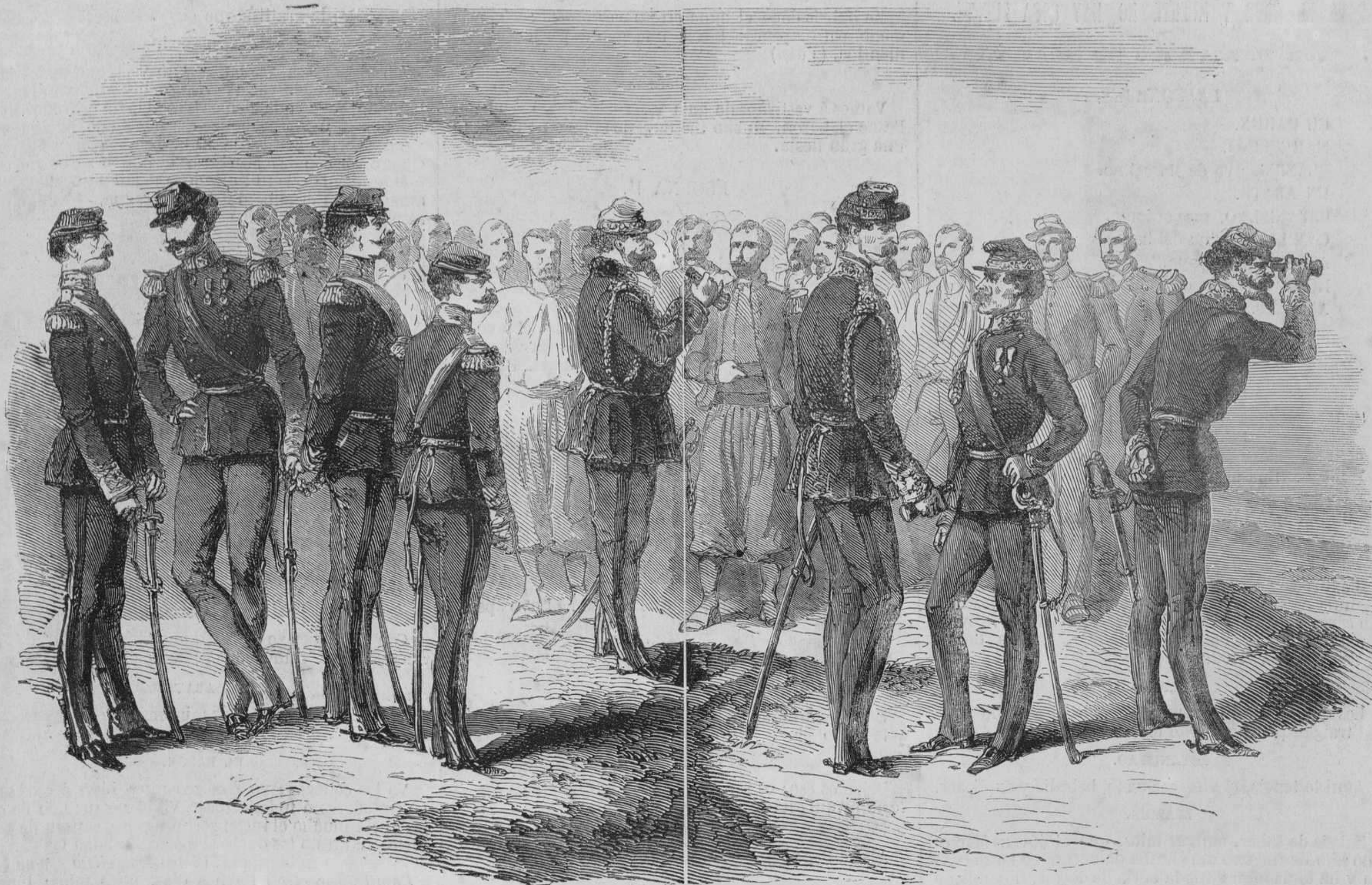
Las mochilas de los soldados se llenaron de cigarros, víveres, tabaco, dinero, y hasta ramos de flores; bajaban las mochilas con unas cuerdas por las venta-

nas, y las subían luego rellenas con esas provisiones. Tomaron parte en esta demostración hombres, mujeres y niños de todas las clases de la población de Viena.

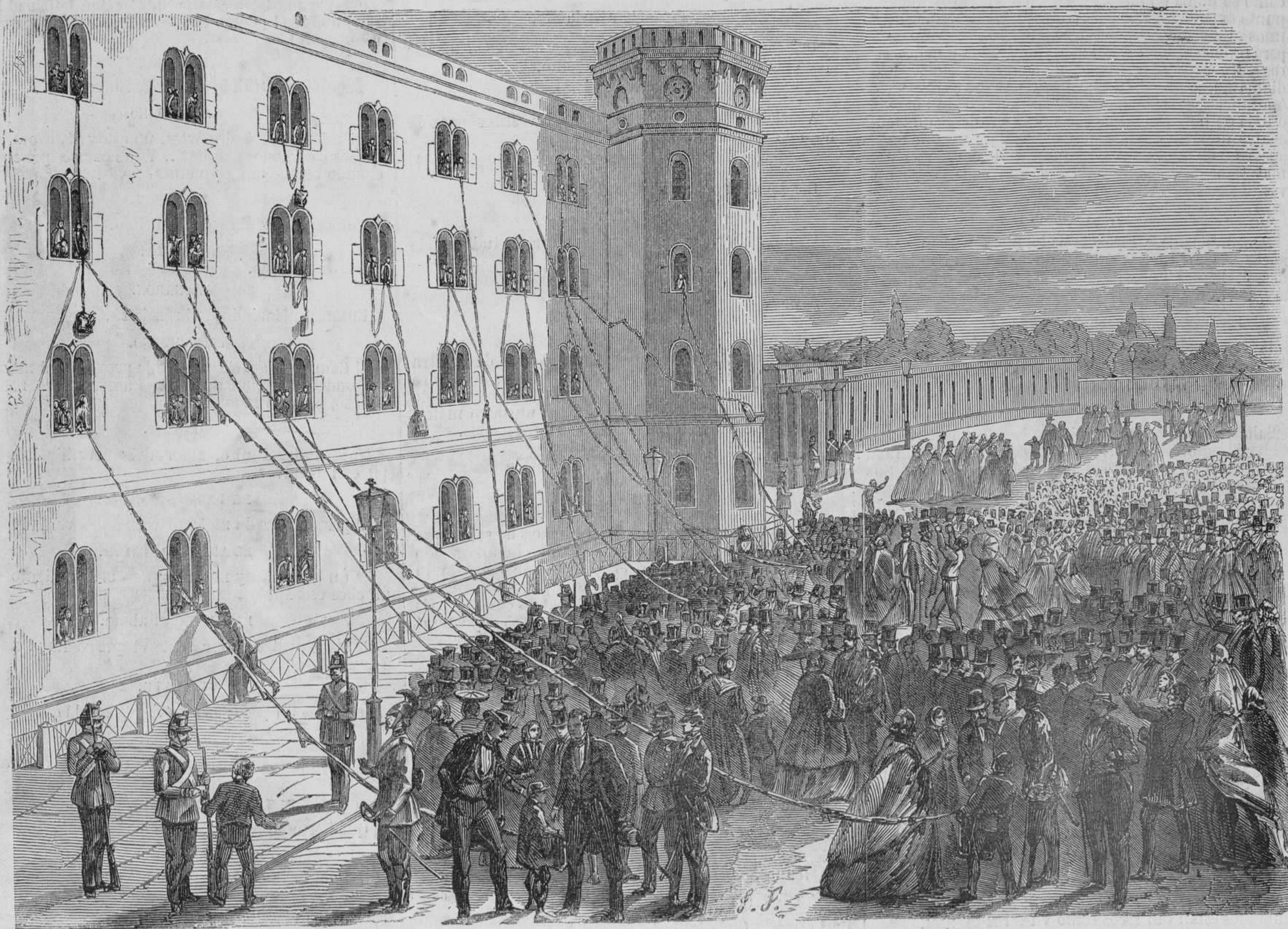
X.



DERROTA Y FUGA DE LOS AUSTRIACOS DETRAS DEL MINCIO A PESAR DE LOS ESFUERZOS QUE HACIAN PARA CONTENERLOS SUS OFICIALES.



EL REY VICTOR MANUEL OBSERVANDO DESDE LAS ALTURAS DE CASTLNOVO LAS OPERACIONES DEL SITIO DE PESCHIERA.



LOS PRISIONEROS DE GUERRA FRANCO-SARDOS RECIBIENDO EN VIENA LAS SEÑALES DE LA SIMPATIA POPULAR.

PARA EL AMOR Y MUERTE NO HAY COSA FUERTE.

POR M. ALFREDO DE MUSSET.

PERSONAJES.

EL BARON.
MARCELINO.
BLAZIUS, ayo de Marcelino.
UN ABATE.
ESTANISLAO, mayordomo.
CAMILA, sobrina del baron.
ANASTASIA, su aya.
ROSA, hermana de leche de Camila.
Aldeanos, criados, etc.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

(Una plaza delante del palacio.)

BLAZIUS, ANASTASIA, ESTANISLAO, CRIADOS.

ESTANISLAO.

Blazius con su vestido nuevo y muy campante en su mula briosa viene hácia nosotros. Trae los ojos medio cerrados y se columpia sobre su vientre redondo como un niño en la cuna. Buenos días, Blazius, llegais al tiempo de la vendimia.

BLAZIUS.

Los que quieran saber una noticia importante, que me traigan primeramente un vaso de vino fresco.

ESTANISLAO.

Aquí le teneis, el vino es bueno, bebedle y explicaos.

BLAZIUS.

Habeis de saber, amigos míos, que el jóven Marcelino hijo de nuestro amo acaba de entrar en su mayoría y ha tomado en Paris la borla de doctor. Hoy mismo estará en el palacio, pero su boca sabe pronunciar palabras tan bellas y floridas, que á la verdad el responderle es muy difícil. Su graciosa persona es un libro de oro; no ve una yerba en el campo sin que diga cómo se llama en latin, y si hace viento ó llueve al punto expone las razones, porque nada ignora. Abrireis unos ojos como esa puerta cuando veais alguno de los pergaminos que ha iluminado con tintas de todos colores y sin decir una palabra á nadie. En suma, es un diamante de los piés á la cabeza, y eso es lo que vengo á anunciar al señor baron. Por supuesto que todo redundará en honor mio, porque soy su ayo desde que tenia cuatro años. Así pues, traedme una silla para que pueda apearme de la mula sin romperme la cabeza; el animal tiene muchos resabios, y aun beberia yo otro vasito antes de entrar.

ESTANISLAO.

Bebed, Blazius, y recobrareis las fuerzas. Hemos visto nacer á Marcelino, y puesto que está para llegar no necesitábamos tantos pormenores; ¡ojalá el hombre sea lo que era el niño!

BLAZIUS.

He refrescado bien, adios; trotando por el camino he logrado preparar dos ó tres frases que agradarán mucho á nuestro amo. (Vase.)

ESTANISLAO.

Saltando sobre su borriquillo sofocado Anastasia viene hácia nosotros; su criado da de pales al pobre animal que meneá la cabeza con un cardo en la boca. Sus piernas largas y flacas se estremecen de ira. Buenos días, Anastasia, llegais como la fiebre, con el viento que pone amarillos los bosques.

ANASTASIA.

Un vaso de agua, canalla; un vaso de agua con unas gotas de vinagre.

ESTANISLAO.

¿De dónde venis, amiga mia? Vuestro pelo postizo está cubierto de polvo.

ANASTASIA.

Habeis de saber, tunantes, que llega hoy al palacio la sobrina de vuestro amo, la hermosa Camila. Sale del convento para recoger como es debido, los bienes de su madre. Su educacion, gracias á Dios, está terminada, y los que la vean tendrán el júbilo de respirar una gloriosa flor de devocion y de pureza. No hay ángel, ni cordero, ni paloma de mayor castidad que la hermosa Camila. Dios la guie. Dejadme paso, canalla, creo que tengo hinchadas las piernas.

ESTANISLAO.

¡Ay! Anastasia, pedid á Dios que llueva; nuestros sembrados están tan secos como vuestros tobillos.

ANASTASIA.

Me habeis dado el agua en un vaso sucio; venga la mano para apearme; sois una gente perversa y fementida. (Vase.)

ESTANISLAO.

Vamos á vestirnos de gala y esperaremos á que nos llame el baron. Mucho me engaño si no tenemos aquí una gran fiesta.

ESCENA II.

(La sala del baron.)

EL BARON, EL ABATE Y BLAZIUS.

EL BARON.

Señor abate, sois mi amigo y os presento el ayo de mi hijo. Mi hijo cumplió ayer al medio dia veinte y un años, y es doctor por cuatro bolas blancas. Blazius, os presento el señor abate, amigo mio.

BLAZIUS, saludando.

¡Cuatro bolas blancas, señor! Literatura, botánica, derecho romano y derecho canónico.

EL BARON.

Blazius, id á vuestro cuarto á vestiros; mi hijo no tardará en llegar y os avisará la campana. (Vase Blazius.)

EL ABATE.

¿Me atreveré á deciros lo que pienso? El ayo apesta á vino.

EL BARON.

Es imposible.

EL ABATE.

Esto y seguro de ello, me ha hablado muy de cerca y lo he notado.

EL BARON.

Dejemos eso; os repito que es imposible. (Sale Anastasia.) Aquí está Anastasia; ¿y Camila?

ANASTASIA.

Ahora llega.

EL BARON.

Señor abate, sois mi amigo, y os presento Anastasia, aya de mi sobrina. Mi sobrina cumplió ayer á las seis diez y ocho años; sale del mejor convento de Francia. Anastasia, os presento al señor abate, amigo mio.

ANASTASIA, saludando.

Del mejor convento de Francia; y yo puedo añadir que es la mejor cristiana del convento.

EL BARON.

Anastasia, id á vuestro cuarto á vestiros para la hora de la comida. (Vase Anastasia.)

EL ABATE.

Esa dama parece muy devota.

EL BARON.

Mucho, señor abate; es mujer de una virtud á toda prueba.

EL ABATE.

Pero el ayo huele á vino.

EL BARON.

Hay momentos, señor abate, en que dudo de vuestra amistad. Teneis la manía de contradecirme; no quiero que se hable mas del asunto. Tengo el proyecto de casar á mi hijo con mi sobrina, harán un buen matrimonio; su educacion me cuesta seis mil escudos.

EL ABATE.

Será preciso sacar dispensas.

EL BARON.

Las tengo ya. ¡Oh! amigo mio, habeis de saber que me hallo loco de júbilo. En todo tiempo he aborrecido la soledad; sin embargo, el puesto que ocupo y la gravedad de mi traje, me obligan á pasar en este palacio tres meses del invierno y otros tres del estío. Es imposible labrar la felicidad de los hombres en general y la de los vasallos en particular, sin cerrar la puerta de tiempo en tiempo á los importunos. ¡Cuán austero y difícil es el recogimiento del hombre de Estado! ¡Y qué placer tan grande hallaria yo pudiendo neutralizar con la presencia de mis dos hijos reunidos, la sombría tristeza que debe dominarme sin remedio desde que me ha nombrado el rey recaudador de los caudales públicos!

EL ABATE.

¿El casamiento se hará aquí ó en Paris?

EL BARON.

Esperaba esa pregunta. ¿Qué diriais, amigo mio, si esas manos, vuestras propias manos, — no las miréis tan compungido, — fuesen destinadas á bendecir solemnemente la dichosa confirmacion de mis sueños mas caros? ¿Qué diriais?

EL ABATE.

Me callo; la gratitud me cierra la boca.

EL BARON.

Mirad por esa ventana; ¿no veis que mis criados acuden todos á la verja? Los dos hijos llegan al mismo tiempo. ¡Feliz coincidencia! Todo lo he previsto. Mi sobrina será introducida por esa puerta de la izquierda, y mi sobrino por la de la derecha. ¿Qué os parece? Quiero ver cómo se acercarán el uno al otro, qué es lo que se dirán; seis mil escudos me cuestan. Además, se amaban ya tiernamente desde la cuna. — Amigo mio, se me ocurre una idea.

EL ABATE.

¿Cuál es?

EL BARON.

Durante la comida, así como quien no quiere la cosa, despues de haber bebido alegremente.... sin duda sabeis el latin.

EL ABATE.

Por supuesto.

EL BARON.

Desearia que la emprendierais con él, directamente, delante de su prima: hacidle hablar un poco en latin... no justamente en la comida, seria fastidioso, yo no lo entiendo; pero á los postres... ¿qué os parece?

EL ABATE.

Si vos no comprendeis el latin, es de creer que en el mismo caso se halla vuestra sobrina.

EL BARON.

Con mas motivo; ¿con que quereis que una mujer admire lo que comprende? ¡Qué raciocinio!

EL ABATE.

Conozco muy poco á las mujeres; pero me parece difícil que admiren lo que no comprenden.

EL BARON.

Yo las conozco; yo conozco muy bien á esos seres encantadores é indefinibles. Vivid persuadido de que las gusta mucho el incienso, nunca se cansan de recibirlo, y aun no las duele si por casualidad las dan con el incensario en la cabeza. (Salen Marcelino por un lado y Camila por otro.) Buenos días, hijos míos; buenos días, mi querida Camila, mi querido Marcelino; dadme un abrazo y abrazaos vosotros.

MARCELINO.

¡Padre mio! ¡Hermana mia! ¡Qué felicidad! ¡Soy muy dichoso! ¡Cómo has crecido; Camila, y qué hermosa estás!

EL BARON.

¿Cuándo has salido de Paris, Marcelino?

MARCELINO.

El miércoles, ó el martes, no estoy seguro... ¡Cómo hemos cambiado, Camila!... Y me parece que era ayer cuando te dejé tan pequeñita.

EL BARON.

Vamos, da un abrazo á tu primo.

CAMILA.

No, querido tio.

EL BARON.

Entonces, Marcelino, abrázala tú.

MARCELINO.

Si Camila se aparta cuando la presento mi mano, yo responderé tambien que no: el amor puede robar un abrazo, pero no la amistad.

CAMILA.

Ni la amistad ni el amor deben recibir lo que no pueden devolver.

EL BARON, al abate.

El principio es de mal agüero, ¿no es verdad?

EL ABATE, al baron.

Es un pudor muy natural; pero el casamiento vence muchos escrúpulos.

EL BARON, al abate.

De todos modos no me gusta el que se haya negado á darle un abrazo.

EL ABATE.

Habladles un poco; se vuelven la espalda.

EL BARON.

¿En qué pensais, hijos míos? ¿Qué estás mirando, Camila?

CAMILA, mirando un cuadro.

¡Qué hermoso retrato! ¿Es de alguna tia?

EL BARON.

Sí, es de tu bisabuela, ó por mejor decir, es la hermana de tu bisabuelo, pues nunca contribuyó ella mas que con sus oraciones al aumento de la familia. Era á la mia una santa mujer.

CAMILA.

—Sí, sí, una santa, nuestra tía Isabel. ¡Qué bien la está el hábito religioso!

EL BARON.

—¿Y tú, Marcelino, qué contemplas ahí?

MARCELINO.

Estas flores: hay una preciosa; es un eliotrópo.

EL BARON.

—¿Qué dices? no es mas gruesa que una mosea.

MARCELINO.

Pequeña y todo tiene su valor.

EL ABATE.

Es cierto, el doctor tiene razon. Preguntadle á qué familia pertenece, de qué elementos se compone, de dónde la vienen su savia y su color, y os quedareis maravillado con la explicación de esos fenómenos.

MARCELINO.

No sé tanto, señor mio; me parece que tiene buen olor y se acabó.

ESCENA III.

(Delante del palacio.)

ESTANISLAO Y LOS CRIADOS.

ESTANISLAO.

Varias cosas me divierten y excitan mi curiosidad. Venid, amigos míos, y sentémonos un rato. Dos enemigos en ciernes se encuentran aquí en presencia, el abate y Blazius. Cuando dos hombres con muchos puntos de analogía vienen á encontrarse, preciso es que se adoren ó que se aborrezcan. Por la razón de que los contrarios se atraen, por la razón de que un hombre alto anda con uno pequeño, un rubio con un moreno y recíprocamente, preveo una lucha secreta entre el abate y el ayo. Ambos son glotones y disputarán comiendo. Ambos son amigos de hablar y se estorbarán mutuamente. Ya el abate ha querido proponer al jóven Marcelino algunas cuestiones pedantescas, y el ayo ha fruncido el ceño. Estas son las primeras escaramuzas; en breve estará declarada la guerra.

Ahora que la comida se acabó, abren la verja del palacio; salen, retirémonos. (Salen el baron y Anastasia.)

EL BARON.

Venerable Anastasia, tengo una gran pesadumbre.

ANASTASIA.

—¿Cómo es eso, señor?

EL BARON.

Sí; habia contado, hasta habia escrito en mi librito de memorias, que el día de hoy habia de ser el mas agradable de mi vida. No ignorais que entraba en mis cálculos el casar á mi sobrina con mi hijo; era cosa resuelta, lo sabia ya el abate, y veo que esas criaturas se hablan con frialdad, esto es, no se han dicho una palabra.

ANASTASIA.

Aquí llegan, señor; ¿conocen vuestros planes?

EL BARON.

Algo les he dicho en particular: creo que seria bueno, ya que se reúnen aquí, que estuvieran solos un instante. (Vase con Anastasia.—Salen Camila y Marcelino.)

MARCELINO.

Camila, no está bien que me hayas negado un abrazo.

CAMILA.

Yo soy así.

MARCELINO.

—¿Quieres mi brazo para dar una vuelta por el pueblo?

CAMILA.

No, estoy cansada.

MARCELINO.

—¿No te gustaria ver la pradera? ¿Te acuerdas de nuestros paseos en la barca? Ven, bajaremos hasta los molinos, yo llevaré los remos y tú el timon.

CAMILA.

No me siento dispuesta.

MARCELINO.

Me partes el alma. ¡Cómo! ¡Ni un recuerdo, Camila! ¡Ni un latido del corazon por nuestra infancia, por el tiempo pasado que fué tan dulce, tan placentero! ¿No quieres ver la senda por donde íbamos al cortijo?

CAMILA.

Esta tarde no.

MARCELINO.

—¿Y cuándo pues? Toda nuestra vida está en esos recuerdos.

CAMILA.

No soy tan niña que me gusten las muñecas, ni tan vieja que pueda complacerme en el pasado.

MARCELINO.

—¿Y cómo dices eso!

CAMILA.

No me gustan los recuerdos de la infancia.

MARCELINO.

—¿Te enojan?

CAMILA.

Sí.

MARCELINO.

—¡Pobre criatura! Te compadezco de veras. (Se retiran cada uno por su lado.)

EL BARON, saliendo con Anastasia.

Ya lo veis, Anastasia; esperaba la mas suave armonía, y noto la mayor desavenencia en los instrumentos. Así está mi corazon herido hasta en lo mas recóndito.

ANASTASIA.

Confieso que no puedo criticar á Camila; no hay nada de peor tono que el pasearse en un barquichuelo.

EL BARON.

—¿Hablais con formalidad?

ANASTASIA.

Pues no; una jóven que tiene el respeto de si propia no acepta tales proposiciones.

EL BARON.

Pero, Anastasia, olvidais que su primo debe casarse con ella, y que bajo este concepto...

ANASTASIA.

No le hace; no está bien que una jóven deje la tierra firme sola con un jóven.

EL BARON.

Os repito...

ANASTASIA.

Tal es mi opinion.

EL BARON.

—¿Estais loca? A la verdad, me hareis decir.... Hay ciertas expresiones que no quiero... que me repugnan. Me dan ideas... si no me contuviese... Sois una pecora, Anastasia (Vase.)

ESCENA IV.

(Una plaza.)

MARCELINO, ESTANISLAO, CRIADOS.

MARCELINO.

Buenos dias, amigos míos: ¿me reconoceis?

ANASTASIA.

Señor, os pareceis á un niño á quien hemos querido mucho.

MARCELINO.

—¿No fuisteis vosotros quienes me llevasteis por las praderas y me tuvisteis en vuestras rodillas.

ANASTASIA.

Nos acordamos muy bien; érais de la piel del diablo, y sin embargo vuestro corazon era el de un ángel.

MARCELINO.

Y entonces, ¿porqué no me abrazais en lugar de saludarme como á un extraño?

ANASTASIA.

Dios te bendiga, hijo de nuestras entrañas; cada uno de nosotros desearia tomarte en sus brazos, pero somos viejos, señorito, y vos sois un hombre.

MARCELINO.

Sí, hace diez años que no os he visto, y en un dia todo cambia en la tierra. Me he levantado algunos piés del suelo, y vosotros os habeis inclinado algunas pulgadas hácia la tumba. Vuestras cabezas han encanecido, vuestros movimientos son mas lentos, y ya no podeis alzar en vuestros brazos al niño que habeis conocido antes. Ahora me toca á mí ser vuestro padre.

ANASTASIA.

Vuestro regreso hace este dia mas feliz que lo fué el de vuestro nacimiento. Mas dulce es volver á ver á una persona amada que besar á un recién nacido.

MARCELINO.

—Este es mi querido valle, mis nogales, mi fuente-cilla al borde del sendero!... ¡Aquí pasaron los dias de mi niñez, aquí está el mundo misterioso de los sueños de mi infancia!... ¡Oh, patria, patria! ¡Palabra incomprendible! ¿Con que el hombre ha nacido para hacer su nido en un rincón de tierra y vivir en él un dia?

ESTANISLAO.

Nos han dicho que sois un sabio.

MARCELINO.

Tambien me lo han dicho á mí. Las ciencias son una cosa prodigiosa; pero estos árboles y estas praderas enseñan en alta voz la mas extraordinaria de todas, el olvido de lo que uno sabe.

ESTANISLAO.

Muchos cambios ha habido aquí durante vuestra ausencia. Muchas jóvenes se han casado, y muchos mozos se han ido al ejército.

MARCELINO.

Ya me lo contareis todo... ¡Qué pequeño me parece este lavadero cuando otras veces me parecia tan grande!... Me habia yo llevado en mi cabeza un océano y montes inmensos, y veo una gota de agua y algunas yerbecillas. ¿Quién es esa jóven que canta en su ventana detrás de esos árboles?

ESTANISLAO.

Es Rosita, la hermana de leche de vuestra prima Camila.

MARCELINO, adelantándose.

Baja, Rosita, ven aquí.

ROSITA, saliendo.

—¿Qué quereis, señorito?

MARCELINO.

—¿Me veias desde tu ventana y no has venido? Pronto tu mano y tu blanca frente te daré un beso.

ROSITA.

—¿Señorito!

MARCELINO.

Me han dicho que estás casada; ¿es verdad?

ROSITA.

—¡Oh! no.

MARCELINO.

—¿Y porqué? No hay en la aldea una que te iguale en hermosura. Te casaremos, hija mia.

ESTANISLAO.

Quiere morir soltera.

MARCELINO.

—¿De veras, Rosita?

ROSITA.

—¡Oh! no.

MARCELINO.

Ha llegado tu hermana Camila; ¿la has visto?

ROSITA.

Aun no ha venido por aquí.

MARCELINO.

Vé á ponerte tu vestido nuevo y cenarás con nosotros en el palacio.

(Se continuará.)

Los preliminares del armisticio y de la paz.

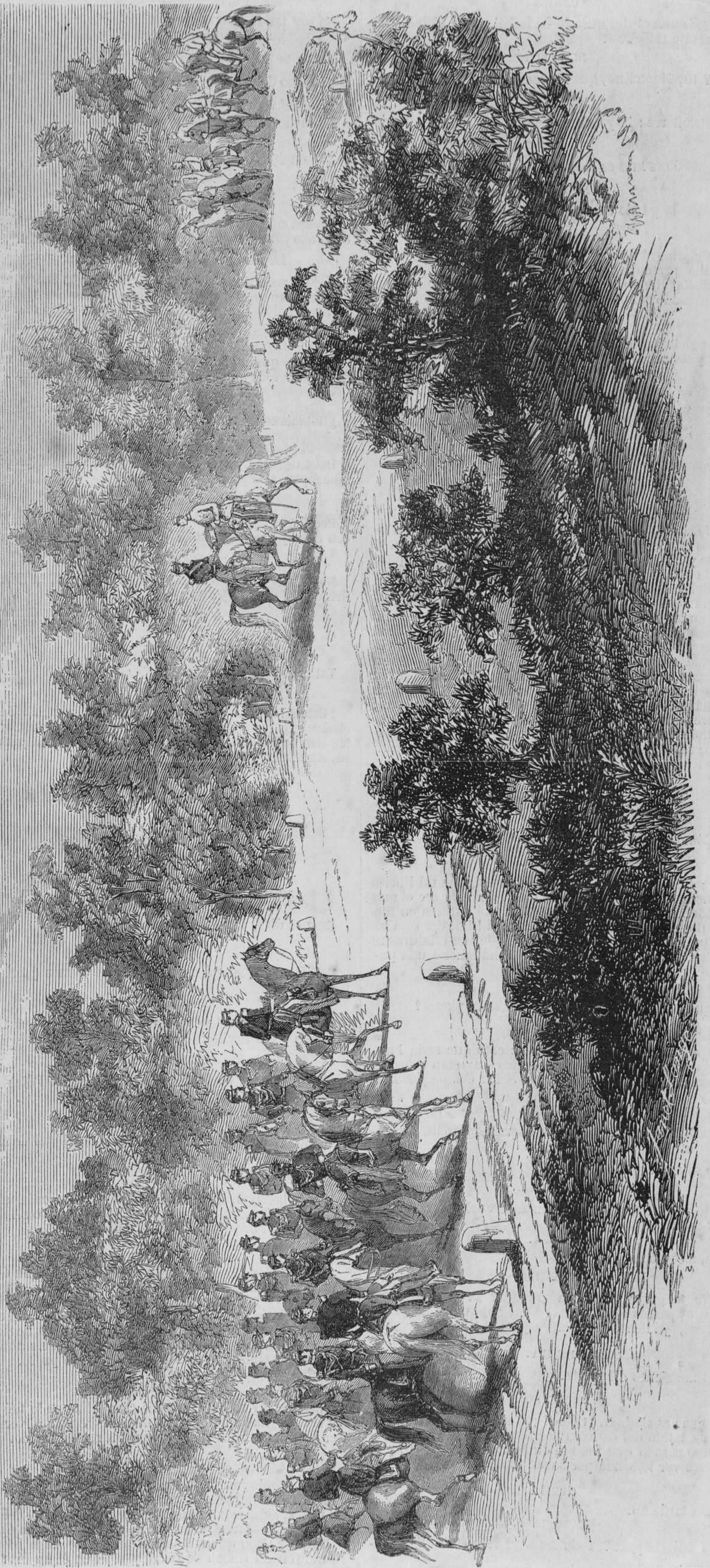
A continuación insertamos una correspondencia dirigida á un periódico extranjero que contiene pormenores interesantes sobre los hechos que precedieron á la conclusion del armisticio, seguida de una relacion de la entrevista de los emperadores de Francia y de Austria en Villafranca. Dice de este modo:

«Ya sabeis que la diplomacia está persuadida de que existen algunas combinaciones secretas entre el emperador de los franceses y Francisco José. No puedo ni afirmar ni desmentir estos rumores; pero lo que sí es cierto que el emperador Napoleon se mostraba hace dos dias muy preocupado. Ha recibido numerosos despachos de Alemania, y se conocia perfectamente que se realizaba en su espíritu algun trabajo secreto.

»Entre los que rodean al emperador en el cuartel general, se esperaba un movimiento atrevido sobre Verona, cuando al levantarse de la mesa (no me han dicho qué dia) á cosa de las siete de la tarde, el emperador mandó llamar al general Fleury.

«Querido general, le dijo en presencia del rey del Piamonte que parecia muy pensativo, pero que no obstante, algo despues, aprobó con el gesto y la cabeza las palabras del emperador, tengo necesidad en este momento de un militar diplomático; necesito un hombre afable, conciliador y atento, y he pensado en vos. Esta carta va dirigida al emperador de Austria y vos se la vais á llevar á Verona. Leedla, penetraos de su espíritu; pido en ella una suspension de armas, es menester que el emperador Francisco José la acepte. Cuento con vuestra inteligencia para que desarrolle las ideas que están en germen en esta carta.»

»En seguida le dió algunas explicaciones que fueron tambien aprobadas por el rey del Piamonte. El general tomó un coche y marchó hácia Verona, llevando en su compañía á su ayudante de campo M. Verrière. Aunque



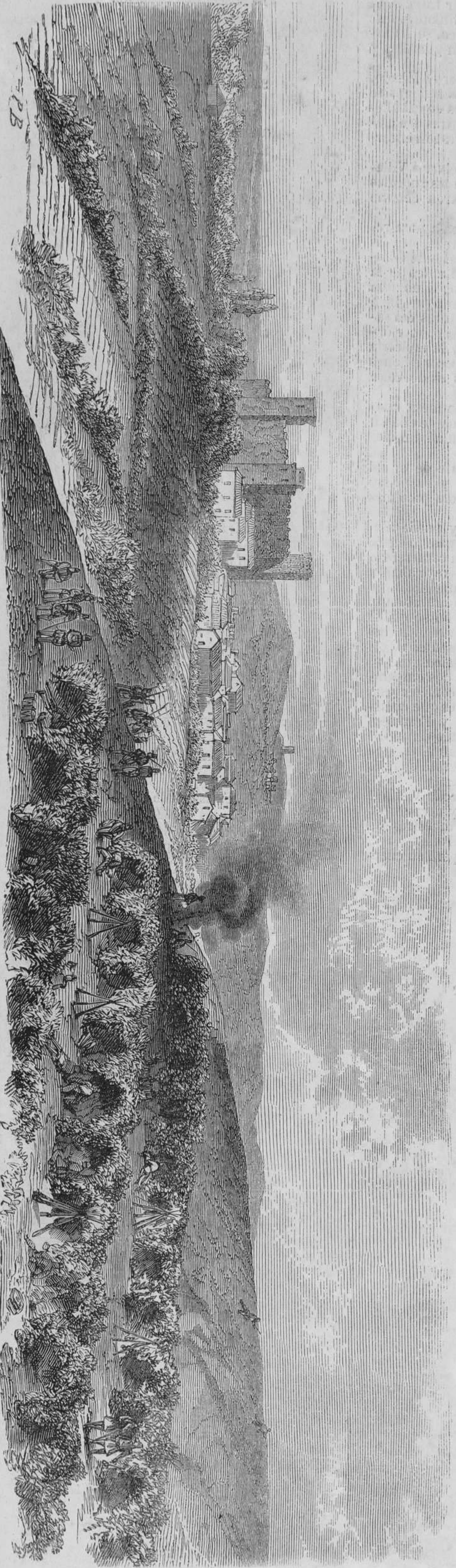
ENCUENTRO DE SS. MM. EL EMPERADOR DE LOS FRANCÉSES Y EL EMPERADOR DE AUSTRIA EN EL CAMINO DE VERONA.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.



GODEFRUY CURAIA

PRESENTACION HECHA AL EMPERADOR NAPOLEON POR EL EMPERADOR DE AUSTRIA DE LOS OFICIALES DE SU CASA.



CAMPAMENTO DE TROPAS PIEMONTESES CERCA DE LA ALDEA DE PONTI.

no era grande la distancia, hubo que vencer grandes dificultades para llegar á las avanzadas. El general Fleury no entró en Verona hasta las diez y media de la noche. El emperador de Austria se hallaba acostado y dormía profundamente; pero cuando dijeron al ayudante de campo de servicio que el general Fleury llevaba una carta del emperador de los franceses, fueron á despertar al emperador. Se vistió corriendo y el general Fleury fué introducido. Al leer la carta de Napoleon, la sorpresa y la emoción se pintaron en el rostro de S. M.

«Vuestra comunicacion es muy grave, dijo, y tan grave que tengo necesidad de reflexionar. Permanece aquí hasta mañana por la mañana; á las ocho de la mañana os daré la respuesta. — Estoy á las órdenes de V. M., repuso el general Fleury; no obstante le pido permiso para someterle algunas consideraciones que explicarán á V. M. el paso dado por el emperador. » El general tomó entonces la palabra é hizo valer todas las consideraciones que debían inducirle á aceptar la proposición que se le hacia: la proximidad de ambos ejércitos que iba á hacer inminente un conflicto, lo demasado tarde que llegaría la mediación, y le previno también del formidable ataque que se preparaba contra Venecia. — «Las consideraciones que me presentáis son justas, replicó Francisco José; voy á reflexionar acerca de ellas y mañana por la mañana os daré la respuesta. » — Mandó que su primer escudero cediese al general Fleury su habitación. A las ocho de la mañana el general fué introducido: el emperador de Austria tuvo aun con él una conversacion muy larga, luego pasó á una pieza contigua y le entregó su respuesta. Tres horas despues, el general se hallaba de vuelta cerca del emperador.

» A consecuencia de estas comunicaciones tuvo lugar la entrevista del mariscal Vaillant y el general Hess.

» Pero el emperador Napoleon estaba ya completamente decidido; pensaba que un congreso acarrearía dilaciones, y que si se fijaban las bases de la paz entre ambos soberanos, todo lo demás sería fácil. El emperador tenía interés en hacerla. La argumentacion de Napoleon ha sido esta: «La revolucion nos desborda y yo no la quiero mas que vos. Entrambos queremos el mantenimiento de la autoridad pontificia, porque los dos somos católicos; entendámonos. » El emperador de Austria comprendió la importancia de las ideas imperiales; se adhirió á ellas completamente, y creo que ahora reina perfecto acuerdo entre ambos soberanos. »

ENTREVISTA DE VILAFRANCA ENTRE LOS EMPERADORES NAPOLEON Y FRANCISCO JOSÉ.

El pueblo de Villafranca y la fecha del 11 de julio de 1859 serán célebres en la historia; se hablará de la entrevista de Villafranca como se habla de las de Erfurth y Tillsitt. La de Villafranca señalará el término de una lucha gloriosa para las armas francesas.

Algunos minutos antes de las nueve de la mañana, una persona colocada en lo alto del campanario señala en la carretera que cruza por medio del pueblo dos torbellinos de polvo: el uno se levanta hácia el lado de Valeggio, y el otro hácia Verona. Comienza el repique de las campanas.

A las nueve en punto entra en Villafranca la comitiva del emperador Napoleon. El emperador marcha solo delante, montado en el caballo bayo que usa habitualmente desde que comenzó la campaña. S. M. viste el uniforme sencillo de general de division; detrás de él vienen el mariscal Vaillant, jefe de estado mayor del ejército, el general Martimprey y todo el estado mayor del emperador, y en seguida los cien guardias, cuya brillante armadura relumbra al sol, y un escuadrón de guías. Todos estos jinetes entran al trote en la ancha plaza de Villafranca.

Un ayudante de órdenes llega al galope por el camino de Verona y previene al emperador Napoleon que el emperador Francisco José se halla ya á muy corta distancia del pueblo. La comitiva prosigue su marcha al trote hasta un kilómetro de distancia de Villafranca.

Allí es donde se encontraron los dos emperadores, en medio de una carretera llena de polvo, con un sol abrasador y en la llanura misma donde unos días antes debió darse una batalla sangrienta á no haberse celebrado el armisticio.

Las comitivas se detuvieron y los dos emperadores se adelantaron uno hácia otro. Primeramente se saludaron, y cuando los caballos estuvieron bastante cerca, Napoleon III tendió la mano á Francisco José, que se la apretó cordialmente. Algunos momentos despues volvieron bridas y se dirigieron hácia Villafranca; el emperador de Austria cedió la derecha al emperador de los franceses.

Francisco José estaba acompañado del feld mariscal baron de Hess y de sus ayudantes de campo; vestía el uniforme sencillo de general de caballería, compuesto de una levita corta azul celeste y pantalón de casimir del mismo color. No llevaba ni cordones ni condecoraciones. El heredero de los Hapsburgos tiene todas las facciones que caracterizan su raza: es alto, rubio y se parece mucho á su hermano Maximiliano; tiene como él los labios algo gruesos, el bigote rizado y unido á la patilla, y grandes ojos azules. Por lo demás, parecía hallarse bastante conmovido.

El general Hess, que desempeña el cargo de jefe de estado mayor general en el ejército austriaco, es un anciano muy verde todavía para su edad, y llevaba el uniforme y todas las insignias de su empleo.

El estado mayor austriaco era bastante numeroso, pero no tan brillante como el estado mayor francés. El cuerpo de los guardias nobles y el de los hulanos, que formaban la escolta del emperador austriaco, se hallaban completamente eclipsados por los cien guardias y aun por los guías.

Los guardias nobles llevan casco de cuero adobado, levitin azul con alamares encarnados. Los hulanos se parecen bastante á los guardias nacionales de caballería de Paris, sin mas diferencia que mientras los alamares de los guardias nacionales parisienses son encarnados, los de los hulanos son amarillos.

En el trecho de camino que habia para volver á Villafranca, los cien guardias cedieron el paso á los guardias nobles, pero en cambio los guías se colocaron delante de los hulanos.

En Villafranca se habia preparado una casa para recibir á los dos soberanos, la del señor Morelli, situada en la calle principal del pueblo, y en la cual habia dormido una noche el emperador de Austria antes de la batalla de Solferino. Esta casa es sencilla, tiene una fachada muy ordinaria, y por dentro, aunque bien amueblada, no hay lujo ninguno. Las pinturas del saloncito, histórico en lo sucesivo, no son de primer orden; representan paisajes inverosímiles, y la tapicería es indescriptible. Hay en él dos canapés, pocos sillones y muchas sillas; la tela de los muebles es de color verde.

En medio de la pieza se encuentra una mesa cuadrada cubierta con un tapiz verde, y encima de ella un jarrón de flores recién cogidas que derraman un olor suave.

Allí, al rededor de aquella mesa, delante de aquel ramillete de flores, es donde Napoleon III y Francisco José se han encerrado solos durante una hora poco mas ó menos.

Nadie ha asistido á esta conversacion, y puede asegurarse además que nadie sabe lo que ha pasado entre ambos soberanos; pero mientras duraba su conferencia todas las personas de uno y otro séquito revelaban á pesar suyo hallarse profundamente preocupadas.

Desde la plaza de Villafranca se veía el umbral de la casa de Morelli ocupado por las escoltas. No se oía el menor ruido; todas las conversaciones se habian suspendido; las personas que se hallaban presentes no olvidarán en toda su vida estos momentos solemnes.

No se sabe nada de la conferencia de los dos emperadores, y nunca hubiera sido más difícil cometer una indiscrecion. Lo único que puede decirse, es que cuando salieron de su saloncito, Napoleon III y Francisco José parecían colmados de gozo; este último dirigió al estado mayor del emperador algunas palabras en que manifestó toda su admiracion por el valeroso ejército francés.

Su Majestad presentó la mano al mariscal Vaillant y á los generales Martimprey y Fleury, y despues de haberse dado ambos soberanos nuevas muestras de amistad, montó á caballo para volver á Verona.

El emperador Napoleon salió á las once para su cuartel general de Valeggio.

Meditacion.

¡La vida! ¿Mas qué es la vida?
Luenga cadena de males,
Gozo, alegría mentida,
Dulce engaño de mortales.

Bella flor á quien marchita
El aliento de la muerte,
Navecilla que se agita
Al embate de la suerte.

Cedro que ostenta hoy ufano
Su frondosidad lozana,
Al que con impia mano
La Parca siega mañana.

Ficticia felicidad,
Hermosa ilusion dorada,
¡Cuán presto el tiempo fugaz
Te ha trocado en triste nada!

Las miserias de la vida
¡Cuán grandes, Dios mio, son!
¿Quién la redujo á medida?
¿Quién de ellas hizo el padron?

Aquel en la mar perece,
Y entre la ola bravia
Su juventud desaparece
Cubierta de noche umbría.

Este deja de existir
Bajo el golpe de la daga,
Y su valor, al morir,
Y su heroísmo se apaga.

Quién muere en un cataclismo,
Quien en lenta calentura

Se ve bajar al abismo
De la hedionda sepultura.

La vida corre veloz,
Sucumben generaciones,
Corta la tremenda hoz
Sabios, ricos, infanzones.

¿Dónde está aquel Alejandro
Que tuvo á sus piés el mundo?
En un hoyo descansando
Del olvido en el profundo.

¿Qué fué de aquel Ciceron
Que á Roma llenó de asombro?
Es ya polvo y confusion,
Yace entre ruina y escombros.

De Felipe las grandezas,
Las invencibles armadas,
De los Cides las proezas,
¿Dónde yacen? Sepultadas.

¿Qué se hizo la beldad
Que á Troya cubrió de enojos?
Es ceniza y vanidad
Envuelta en frios despojos.

El gran Crespo, sus riquezas,
Su pedrería y tesoro,
Su sed insaciable de oro...
Todo se volvió pavesas.

¡Riqueza, hermosura, gloria!
El tiempo te disipó,
Y en los fastos de la historia
Solo el recuerdo quedó.

¡Ah! Ya sé yo lo que son
De la vida las grandezas,
Sus honores y riquezas...
¡Vanidad, polvo, ilusion!

LUIS DEL BARCO.

Un amante desgraciado.

Busco alegría do quiera,
Quimera;
Solo encuentro mas pesar,
Ni llorar
Quiso el cielo que pudiera.
¿No sabré remedio hallar
Sin mirar
De mi amor los lindos ojos?
Imposible: sus enojos
Han sabido
Mi ventura arrebatar.

Matóme la ingrata,
De muerte me hirió;
Sus ojos hermosos,
Su gracia, su voz,
Hirieronme al punto
Cual rayo veloz.

La dije: «te quiero,»
Mas cruel se burló
Dejándome ¡ay triste!
Sumido en dolor.
Si escuchas mis quejas,
Responde mi amor.

En pago te ofrezco
Mil trovas cantarte.
No ves que padezco
Por soo adorarte.

Y quiero servirte
Esclavo de amores,
Y versos y flores
Verásme rendirte.

Tenerte á mi lado
Con suaves caricias,
Gozar las delicias
Que presta el amor.

Tan solo un momento...
¿Me quieres oír?
Mitiga el tormento
Del alma que adora...
O dime, señora,
Que debo morir.

ANGEL MENENDEZ LLOBERA.

El desco del bardo.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA MARIA DE L.

Amar siempre es la misión
De los nobles corazones:
Niña, si tu corazón
Guarda de amor ilusiones,
; Ama y ama con pasión!
Que al subir la pendiente de la vida,
Si amor nos lleva en dulce desvarío,
El alma se dilata embébecida
Cual entre flores apacible río.
Mas ; ay ! ; cuán dolorosa es la subida
Si en vez de amor nos lleva árido hastío
Sardónico trocando con su acento
Cada flor de ilusión en un tormento !
; Quiera el Supremo Hacedor
Que tu vida hoy en la aurora
No conozca ese dolor,
Y que hasta su postrer hora
Corra embriagada de amor !

JUAN MARIN.

La bandera de guerra española en los mares del Norte y de Oriente.

(DE LA GACETA MILITAR.)

El Pabellon nacional es el emblema del poder y del honor de un pueblo entero : es una idea viva : solo la sangre de las revoluciones ó la pólvora de las batallas pueden cambiar sus colores.

(La Marina, por M. E. Pacini.)

La enseña de una nacion está representada en su bandera, en sus colores, en su cucarda y en sus armas. La bandera es la nacionalidad, y por ellas, desde tiempos remotos, se dieron á conocer los pueblos unos á otros.

En los buques de guerra, es el símbolo en el cual todos los corazones y todas las miradas se concentran. El pabellon es la personificación del valor de las tripulaciones, de su honra; interin flote, existe la defensa. La bandera ultrajada, significa ultraje á la nacion á que pertenece.

La bandera en los fuertes, en los monumentos, en los puertos, casi es solo un ornamento; pero que ella atraviere los mares, que vaya á mezclarse á las de veinte naciones, su carrera militante empieza : entonces hay que velar por su lustre : sus hermosos colores, negligentemente admirados bajo el cielo patrio, es indispensable conservarlos brillantes é intactos lejos de él. Significan entre los otros una nacionalidad, y allí es necesario rodearlos de valor y defenderlos en un caso con energía.

Solo á los buques les está concedido el poder llevar el pabellon nacional á los mas remotos países. Los ejércitos terrestres, únicamente en ciertas expediciones, lo ostentan en tierras extrañas, en sus escuadrones y batallones. Pero los buques, de continuo navegando, recorren todo el mundo, y cada uno representa su nacion en la bandera; y en sus tripulaciones y construccion del buque, el estado de adelantos del país á que pertenecen.

Pacini dice : « El pabellon, flotando sobre los navios de guerra, se muestra en los monumentos de las mas antiguas edades. Sobre el obelisco de Theba, los navios de Rhanzés están decorados con banderas azules, rojas y blancas. Los colores de la bella Cleopatra eran llevados por la flota de Marco-Antonio. Los legionarios de Octavio colocaron sus águilas en los navios. Los daneses empavesaban sus drakkaos de enseñas en que aparecía figurado un dragon alado, y los normandos usaban estandartes cargados de los blasones de los señores que los llevaban. En 1066 el navio que montaba Guillermo el Conquistador en su viaje á Inglaterra, llevaba en el tope del palo una bandera enviada por el papa; sobre sus velas, de diversos colores, estaban pintados los tres leones, enseña de la Normandía. Los sarracenos y los griegos palidecieron mas de una vez á la vista del leon alado de San Marcos, y el estandarte blanco con cruz roja de los genoveses, á menudo mostraba la señal de sus garras sangrientas. San Luis, al ir á Palestina, arboló sobre la Mont Joté el oriflama que habia desplegado para decidir á los grandes vasallos á que lo siguiesen. Los reyes mismos ponian en sus navios estandartes de sus colores, algunas veces de los de sus damas. »

Vemos que el pabellon tuvo, tiene y tendrá una importancia inmensa, y es innegable que á la marina es a la que le pertenece la supremacia en honrarle, enaltecerlo y protegerlo.

La bandera española llegó á ondear en todos los países conocidos y que están bañados por las aguas. El hijo del Norte, así como el del Mediodía, el isleño, como el hombre de color, lo conocian y respetaban, y las armas de Castilla y Leon, orgullosas, recorrían todos los mundos. Nuestras escuadras, esparcidas por los mares, hacian conocer en los mas apartados países cuál era el poder de España, su riqueza, su saber, su civilizacion. De descubrimiento en descubrimiento, y de conquista en conquista, alcanzó el nunca visto timbre de que sus

hermosos colores jamás los dejase de alumbrar el dia; el arrojado catalan, como el intrépido vasco, así como el ligero balear y el pensador gallego, llegaban con sus afortunados bajeles á comerciar en Asia, en Africa, en América y en la Australia. La bandera mercante española seguía por todas partes á su protectora la de guerra.

Los tiempos cambiaron, y la fortuna, abandonando á los españoles, los fué dejando en el desamparo, recibiendo golpes que los condujeron bien pronto casi á la nulidad.

Muchos mares hace mas de cincuenta años que no son surcados por buques españoles de guerra. Los habitantes de varios países ignoran exista la marina española, y solo algun atrevido buque mercante aventurero tremola los colores nacionales en los mares de Prusia, de Rusia, de Suecia, ó bien en los de Grecia y de Turquía.

La España vuelve otra vez á ser conocida, y sus adelantos son notables, particularmente en la marina.

Consideramos como un deber sagrado del gobierno trabajar en dos cosas á la vez; esto es, en lo de forma y en lo de fondo. En lo primero es necesario que todos los pueblos se aperciban de la reaparicion de la España como nacion prepotente, y esto solo se conseguirá llevando noblemente su pabellon á los puntos en que tantos años hace no lo ven. Lo segundo con hechos positivos en los adelantos del material y de la instruccion.

Una ocasion se le presenta propicia hoy dia para llevar dignamente la bandera nacional á las costas del Norte de la Europa y á las del Mediterráneo todo.

Dentro de algunos meses dos buenos buques nuevos, modernos y de fuerza, estarán terminados y listos para hacerse á la mar. Nos referimos á las fragatas de hélice *Princesa de Asturias* y *Blanca*. Es de suponer tendrán señalado su destino; pero no obstante esto y sin variarlo, antes de marchar á él podrian hacer cada una rumbo al Norte y al Oriente y visitar los principales puntos de estos mares. Buques nuevos, dotados de una escogida oficialidad, que diera á conocer en los puertos extranjeros á la altura que ha llegado la educacion de la marina española; que dieran á conocer la cultura de la oficialidad de la armada, siempre notable por mas de un concepto... llevando todo el armamento mas nuevo, se concibe que semejante paso solo redundaría en provecho de la nacion, máxime si todos los años otros buques seguían los mismos derroteros.

Dentro de un año ó poco mas, dos fragatas de primera clase, la *Concepcion* y la *Lealtad*, pero de mas categoría, saldrán de nuestros arsenales, y así paulatinamente nuestra marina de guerra, creciendo, se halla en el caso de ostentar con orgullo en todos los mares la bandera nacional.

JAVIER DE SANTIAGO Y HOPPE.

Del personalismo y del socialismo.

La personalidad y la sociabilidad humanas son hechos necesarios, reales y tangibles antes que elucubraciones filosóficas. Algunos hombres de especulacion atrevida ó temeraria lo han negado; pero no se necesitan muchos esfuerzos para convencerse de que, si bien la humana razon puede asentir á esta realidad, no le es posible modificarla ni destruirla.

Ciertamente la sociedad es una persona moral, pero es tambien un ser colectivo real y positivo. Si la sociedad no existe sin individuos, en razon á que estos vienen á ser las moléculas del cuerpo social, tampoco los individuos de la especie humana pueden naturalmente hallarse fuera de asociacion, porque el sentimiento de sociabilidad está grabado en el corazón del hombre como uno de los instintos mas bellos, fecundos é imperiosos.

¿Qué importa que algunos hombres vaguen errantes por los bosques de alguna isla extraviada en la inmensidad del Océano? Serán miembros amputados del cuerpo social. Y sin que afirmemos que en nuestros dias pueda haber quien crea en ese primitivo estado de naturaleza, una de las funestas consecuencias del principio quedará en pié, siempre que algunos políticos extremados pretendan poner en discordancia las tendencias naturales de personalidad y sociabilidad humanas, haciendo que en sus sistemas el brillo de la primera eclipse la segunda.

Por mas que la historia nos presente una serie de acontecimientos dignos de estudio, en los cuales se ve mas ó menos marcado el sello característico de ambos elementos, y que á veces, muchas por cierto, aparezca absorbido el uno por el otro, jamás pueden anularse completamente; reviven al fin, y tarde ó temprano triunfa el buen sentido, porque así es la ley que realiza la condicion humana. Lucha social ha habido en todos tiempos, y la habrá siempre mas ó menos animada, pues en esto consiste la vida de los pueblos; pero ella tiene sus grados, aunque siempre es la misma.

La historia nos presenta las sociedades orientales careciendo los individuos de personalidad, y sumidos fatalmente en sus diversas castas, como otras tantas manifestaciones del gran todo teológico, cosmogónico y social. Dificultosa habia de ser la innovacion, donde no se veía mas que inmovilidad y panteísmo. No es sin embargo el socialismo peculiar de la antigüedad. En Grecia fué en donde el espíritu humano tomó creces á favor de un pronunciado individualismo; en ella se alcanzó cierto grado de independencia, lo bastante para que el interés propio de cada uno, que tan fuertemente

ha grabado la naturaleza en nosotros, excitase á un mayor y mas fecundo desarrollo. Pero Roma, heredera de la civilizacion griega, dió un paso mas : su sábia legislacion, admitiendo la personalidad del individuo, la armonizó convenientemente con el estado social, dando al mundo en todo rigor el primer ejemplo de verdadera organizacion.

El individuo que se pertenece á sí mismo, *sui juris*, se llamó por excelencia persona. Mas por desgracia esta propiedad característica del hombre tan digna y tan importante, en Grecia y en Roma era casi un privilegio, realizándose hasta tocar con la mayor de las injusticias. Se dijo : los seres inanimados no tienen existencia propia, no se pertenecen; los brutos son irracionales, tampoco se pertenecen; los esclavos son tales por naturaleza y por ley, carecen de personalidad, nos pertenecen, son cosa de nuestro patrimonio. Hé aquí una personalidad humana completamente absorbida por otra de la misma especie.

Cae la unidad romana ante la espada vencedora de las tribus del Norte, cuyo encargo parece fué demoler la sociedad antigua y nada edificar. El feudalismo no es mas que una sombra de institucion social. El señor feudal es un sugeto de nueva ó heredada distincion en la república, es un noble personaje que extiende su personalidad sobre multitud de vidas y haciendas, hasta poder decir, como Luis XIV, el estado soy yo.

La Iglesia, apercebida del inmenso cambio acontecido, quiso sustituir á la destruida unidad romana la suya, nueva y prepotente. Bajo su tutela se templó el antiguo rigor de la esclavitud, y el débil hallaba amparo en sus tribunales para defenderse de las acechanzas del poderoso. Do quiera se hallaba la opresion y el infortunio, allí extendía su mano generosa y benéfica. A su sombra creció el número de los asociados para la defensa del comun. Y la industria, vilipendiada en los castillos, se reconcentró en las ciudades, porque todas las garantías de independencia se buscaban en los gremios, asociaciones, fueros y franquicias, instituciones que reasumían la organizacion del comun. Aquí ya vemos al individuo defender heroicamente la dignidad de superona por medio del principio de sociabilidad.

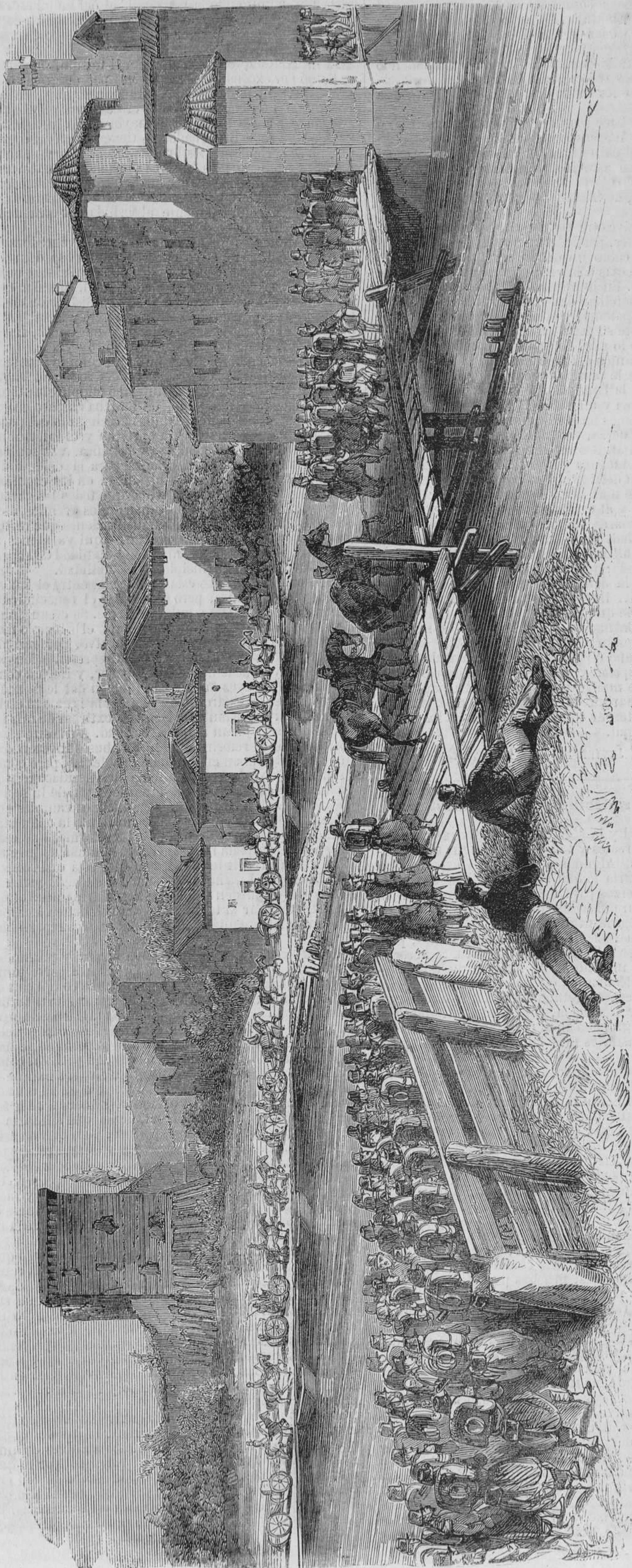
En los siglos medios estalla la lucha entre el feudalismo y los comunes, pero al asomar el renacimiento parece que todo aspira á engrandecerse. Se crean grandes nacionalidades, y si bien de pronto el principio monárquico domina en ellas casi exclusivo, por razones que no nos ocuparán, mas tarde la representacion popular influye eficazmente en el poder, y llega á compartir con los reyes la augusta funcion del legislador. Los comunes trabajaron para realizar la igualdad civil, pero no fueron bastante fuertes para extirpar de raíz los males que aquejaban aquella sociedad. A nuestro siglo correspondia la reforma de algunos abusos inveterados, que se conservaban en forma de privilegios, pero generalmente gravosos é injustos. La desvinculacion y la desamortizacion completa, atmósfera ya de la sociedad en que vivimos, son importantísimos cambios que evitarán el monopolio del poder mediante la acumulacion de riqueza. Verificadas hoy las reformas que conducen á la completa igualdad civil, la lucha de los partidos verdaderamente constitucionales está casi reducida á la mayor ó menor extension del sufragio político, razon porque pueden y deben aproximarse unos á otros, á fin de conjurar la tempestad que nos tienen siempre preparada los enemigos de las instituciones representativas.

Pero nuestros tiempos necesitan ser muy profundamente estudiados, y requieren de nuestra parte tanta mayor atencion, en cuanto los hechos se complican de una manera extraordinaria. En España, como en las demás naciones europeas, el movimiento iniciador ha partido del pueblo. Cuando esto sucede, existe una prueba evidente de que los gobiernos por lo general no se han hallado en su debida altura. La sociedad política, como toda organizacion, supone un centro de vida base de la accion social, que es el gobierno tomado en su sentido mas lato; si este abdica su mision civilizadora, se le sobrepone el espíritu individual, savia que alimenta y desarrolla la vida del cuerpo político, pero que en esta ocasion se resiste á comunicarse, y la sociedad muere irremisiblemente, ó cuando menos sufre una metamorfosis completa. Mas colocado el individualismo en el terreno de las exigencias, con dificultad conoce límites, y bien pronto llega en su pendiente fatal á despedazarse el corazón con sus propias manos. Y esta es la marcha de nuestro siglo.

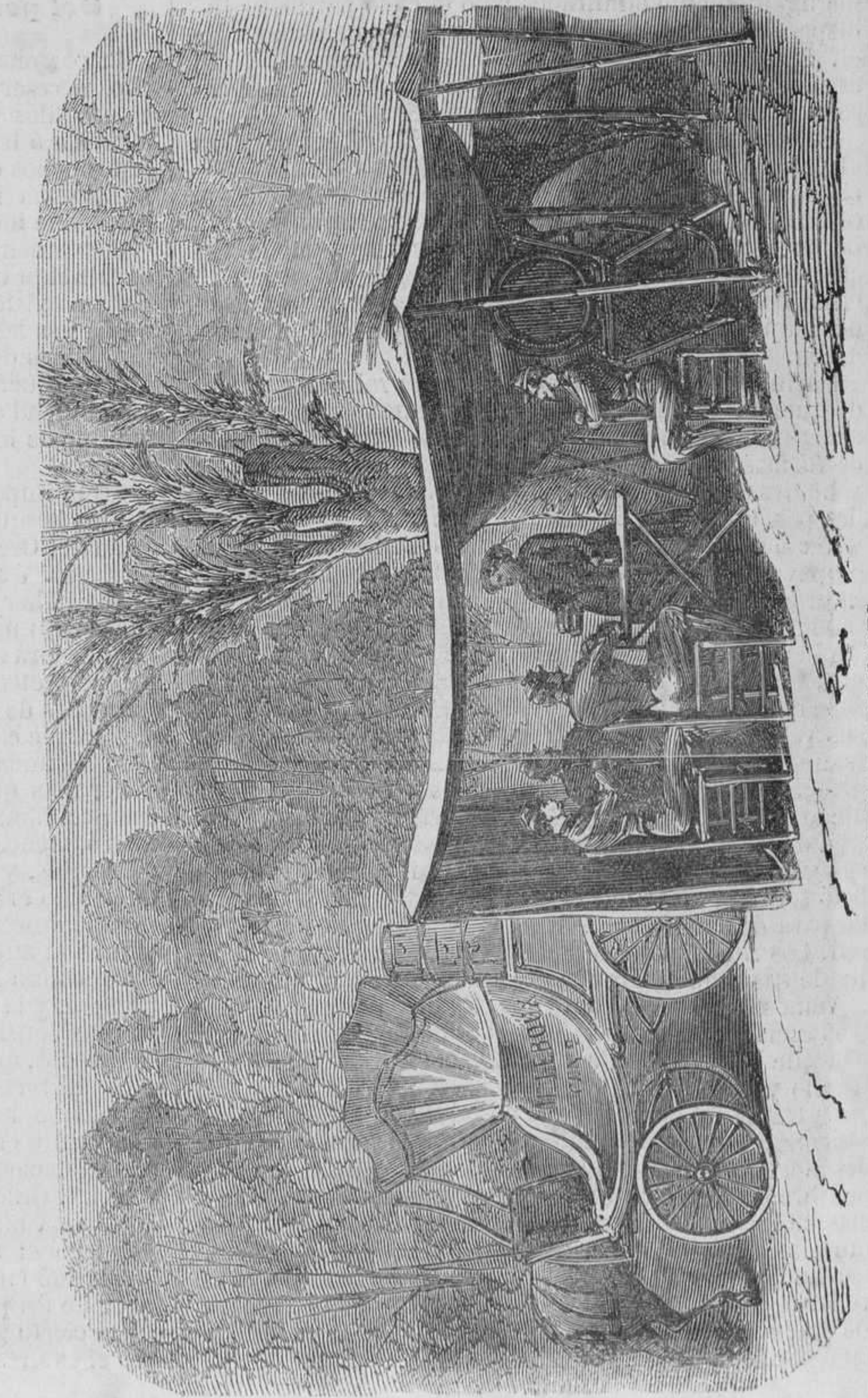
Individuo quiere decir, indiviso, indivisible; y lo que pertenece al individuo y le es propio y particular, constituye su personalidad. Nadie tiene derecho de oprimir la personalidad humana, fuente de todo lo mas sublime. La quisiéramos ver siempre respetada. Pero no creemos sea posible sin que se levante á la par otro principio no menos santo, arraigado en lo mas profundo de nuestro corazón, origen de todo lo generoso y grande, síntesis de las fuerzas humanas, lazo de amor entre las generaciones presentes, pasadas y futuras : el principio de sociabilidad.

En conclusion. Dos tendencias extremas se disputan el prodominio de la opinion pública, sectas de propaganda europea mas bien que partidos políticos de una nacionalidad, buenas las dos en principio por lo que afirman, malas por lo que niegan, se combaten con encarnizamiento, y sin embargo, por una extraña anomalía, confúndense en muchas de sus consecuencias. El personalismo y el socialismo son los dos monstruos que tanto se temen, pareciéndose tanto.

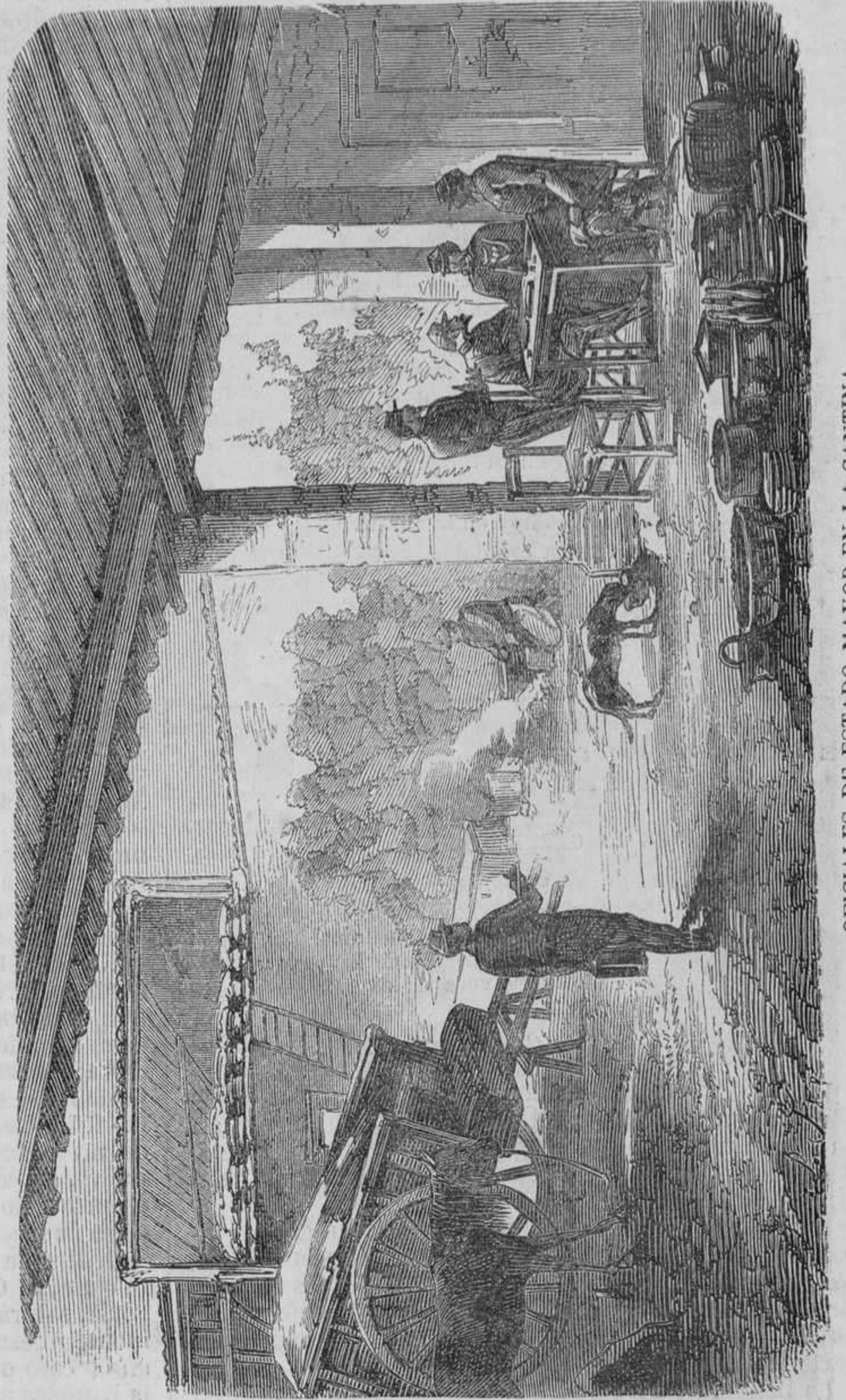
SIQUIER.



EL PASO DEL MINCIO POR EL EJERCITO FRANCÉS.



CANTINA DE OFICIALES



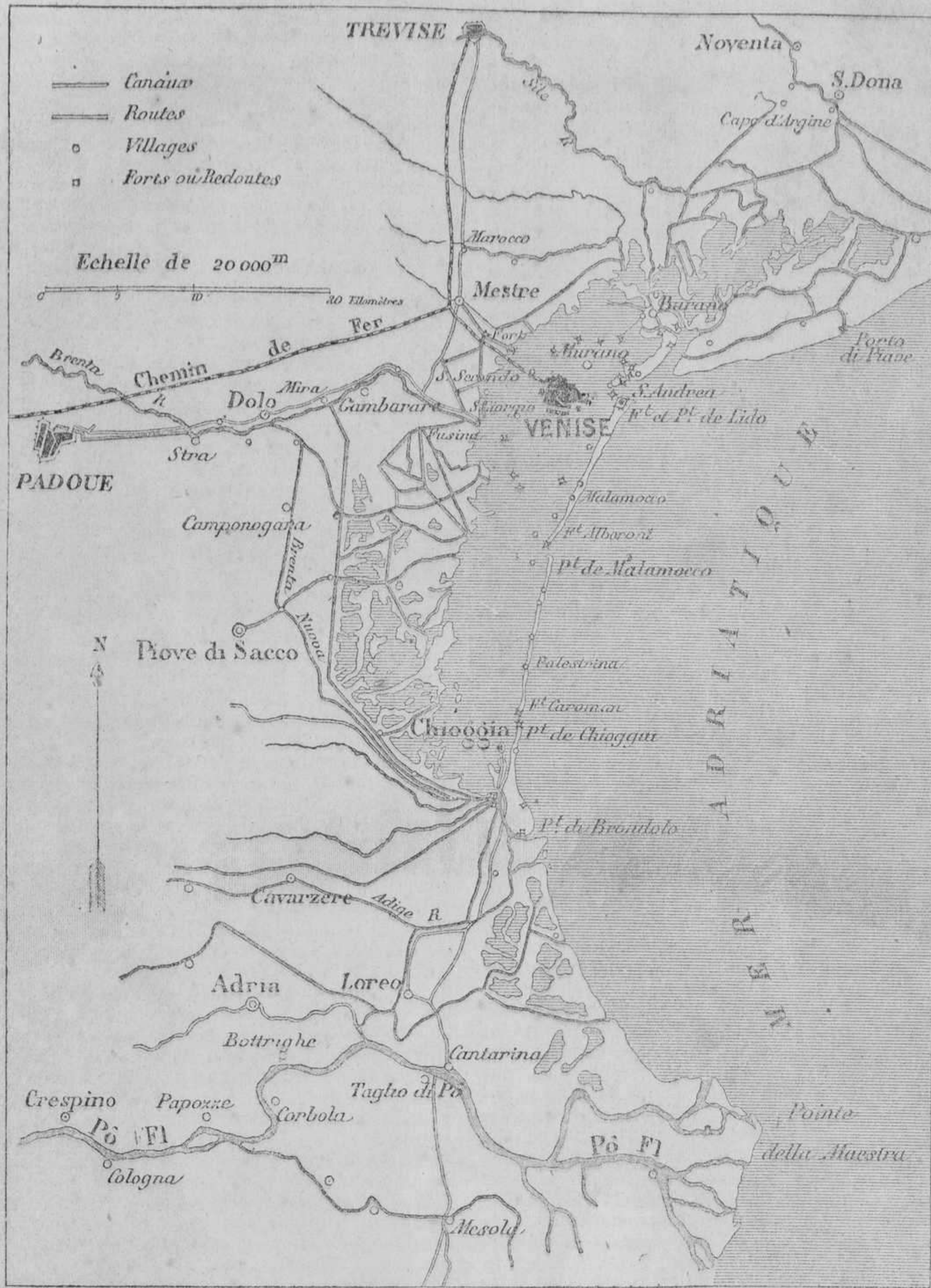
OFICIALES DE ESTADO MAYOR EN LA CANTINA.



VENEZIA A VISTA DE PIARO.

A. JOURDAIN SC.

G. ESCOFFER



PLANO DE LAS LAGUNAS DE VENECIA.

Venecia.

« San Marco impetuoso ed importuno
Credendosi ever sempre il vento in poppa,
Non sicuro de rovinare ognuno. »

Si la historia de muchos años no nos hablara del carácter independiente que siempre ha tenido la ciudad de San Marcos, este breve verso recuerda la arrogancia y exclusivismo de un pueblo que, habiendo vivido catorce siglos á la sombra de su república, hoy pertenece á una nacion de distinta raza y de distinto idioma.

La importancia marítima de la península itálica, tan celebrada en otros tiempos por haberse enseñoreado de los mares los bajeles de Venecia y de Génova, tambien ha tocado esos periodos de abatimiento, como todo el país ceñido por esas deliciosas costas que miden 4,200 leguas, y que son bañadas por el Mediterráneo, por el mar Jónico, por el Tirreno, y por el Adriático, y sobre cuya situacion habia dicho el prisionero de Santa Elena, que « ninguna parte de Europa está de una manera mas ventajosa que la Italia para llegar á ser una gran potencia marítima. »

El Adriático, llamado antiguamente *mare superum vel Adriaticum*, y *Adrianum mare*, viene á ser un gran golfo del Mediterráneo entre la Italia, la Dalmacia y la Grecia, que como ya hemos referido al hacer la descripción del Pó, toma su nombre de la villa de Adria, fundada por una colonia de Pelasgos hácia el año 1376 antes de la era cristina.

En el golfo comprendido entre el Pó y el Tagliamento se encuentra Venecia, en un terreno formado por el limo que han llevado á las orillas del golfo aquella porcion de rios que le dan tributo desde los Alpes Cocianos hasta los Julianos.

Aislada cerca de dos leguas del continente se compone de muchas islas pequeñas, separadas por una multitud de canales que se comunican por 306 puentes públicos, y está dividida en dos partes por el canal Grande, que tiene de longitud 3,750 metros. La ciudad tiene cerca de tres leguas de circunferencia, y en sus mejores tiempos encerraba una cifra de 190,000 habitantes. En 1741 constaba de 149,000; al comenzar el siglo solo figura con 96,000, y aunque en 1820 la hace

subir Langlois á 150,000, hoy es su poblacion de poco mas de 100,000 almas.

Dista diez leguas E. de Padua, diez y seis N. O. de Rovigo, y sesenta y siete E. de Milan.

Mas de nueve mil góndolas surcan por aquellas encrucijadas de canales; pero sin embargo, en el dia esta ciudad ha perdido toda su independencia política, y al decir de un historiador, sus canales, relativamente á los tiempos de su apogeo, están desiertos, y sus palacios abandonados; Trieste le ha quitado su comercio, y el Austria su independencia. Aun cuando han querido favorecerla, se ha visto que la despojaban hasta de su título de reina del Adriático, ligándola al continente por un camino de hierro echado sobre aquellas lagunas; y no obstante lo que se ha hecho en favor y en contra de ella, no han podido quebrar sobre su frente esa corona poética de obras maestras que tantos títulos y tantos derechos la conceden.

La laguna en cuyo centro se encuentra Venecia; y en la que no pueden penetrar buques grandes, forma un arco de círculo de cerca de cuarenta leguas de extension, y tiene en sus bordes los pueblos de Chioggia, Pieve di Sacco, Fusina, Mestre y Burano. Tiene cuarenta fuertes dispuestos de un modo muy ventajoso para la defensa, y entre ellos los mas importantes son el de Lido, el de Malghera, el de Brondolo y el de Treponti.

El arsenal es un monumento grandioso, comenzado en 1304 por el diseño de Andrés Pisano, y está defendido por torres y fuertes muros, que rodean una circunferencia de mas de dos millas. Tiene cuatro salas de armas, que dos pertenecen á la marina, y las otras á la artillería de tierra; cuatro grandes dársenas, cinco fundiciones de cañones, una sala de fabricacion de cables, otra de modelos, y encierra en fin aquel vasto edificio multitud de máquinas y de instrumentos que le hacen mas notable y extraordinario, tanto por su extension, como por su riqueza y antigüedad.

Las aguas y la naturaleza del terreno en que está situada Venecia, la hacen susceptible de una obstinada defensa; y así es como en 1849 fué esta poblacion el último baluarte de la independencia de Italia, y defendia las islas y los canales con valor heróico, bajo la dirección de Manin, de Pepé, de Ulloa y de Rosaroll.

Diez y siete meses habia durado esta defensa, hasta que demolido á cañonazos el fuerte de Malghera, estrechada la ciudad de dia en dia, desprovista de provisiones de boca y guerra, y atacada en fin la poblacion por el cólera-morbo, en donde por salir del alcance de los proyectiles enemigos se habia aglomerado, se obtuvo una capitulacion honrosa, y el dia 28 de agosto, despues de una resistencia desesperada, tremolaba de nuevo en la plaza de San Marcos la bandera de los austriacos.

La comunicacion con Padua y Verona se ha estrechado por un camino de hierro; y además tiene Venecia los caminos ordinarios de Trieste, 30 leguas y media; de Venecia á Belluno, 17 leguas; de Venecia á Trento, 25 leguas y media; de Venecia á Rimini, 34 leguas.

Las principales islas que rodean á Venecia, son la de San Jorge Mayor, otras veces habitada por monges benedictinos: la de la Giudecca, dicha por los antiguos Spina-lunga por su configuracion, y llamada Giudecca por ser allí la primera casa de judíos que se estableció en la ciudad: la de San Clemente, que sirve de reclusion á los sacerdotes que infringen las leyes de su sagrado ministerio: la del Lazareto viejo é isla de San Lázaro, donde están los padres armenios: la de San Serviglo, residencia de monges de San Juan de Dios, con un excelente hospital.

A la embocadura del puerto del Lido se alza el gran castillo de San Andrés: dirigiéndose hácia el O., se llega á la isla de San Cristóbal de la Paz, en memoria de la paz concluida allí entre la república de Venecia y Francisco Sforza, duque de Milan: últimamente, despues de las islas de Burano y de Torcello, otra porcion de ellas, esparcidas al rededor de Venecia, proporcionan á la ciudad esos medios de defensa tan vigorosos y fuera del alcance del enemigo, que como en 1849, tiene que verificar con lentitud los preliminares de un sitio, antes de poder acercarse á la plaza á la distancia conveniente.

J. C.

LAS LAGUNAS DE VENECIA CONSIDERADAS COMO MEDIOS DE DEFENSA.

Venecia puede resistir los sitios mas obstinados por su alta importancia bajo el punto de vista estratégico. Entre las embocaduras del Silo y del último ramal del Brenta, allí donde el golfo Adriático se apoya mas sobre el arco de sus costas, se ve una gran extension de hondonadas y de estanques rodeados de llanuras pantanosas. Los rios que llevaban por allí sus arenas han sido desviados por una mano de gigante; cinco puertos reciben las aguas del mar que encontrándose y rechazándose alternativamente forman las lagunas. Abrigadas hácia la mar por una lengua de tierra, prolongándose de un punto á otro y sostenidas por obras colosales, van por el lado de la tierra firme por una línea tortuosa que sigue casi por todas partes la orilla de aguas corrientes y de canales. Del seno de esas lagunas se elevan muchos islotes cubiertos de verdura y de edificios.

Sin contar la línea del ferro-carril que comunica con la tierra firme, Venecia es el centro de un admirable sistema de canales que alternando con las hondonadas, los bancos y las tierras pantanosas, surcan sus lagunas en todos sentidos, poniéndola en comunicacion con la tierra y con el mar.

En tanto que de las orillas del Lido, de Chioggia y de Malamocco, domina las costas de Istria y de la Dalmacia y puede trasportar no solo para ella sino para toda la Italia del Norte y del centro los trigos de la Turquía y de la Rusia, las especerías, los azúcares y los frutos del Levante, encuentra al extremo de la red de las lagunas las vias fluviales mas ricas de la Italia.

A la salida del canal de Brenta, en la Cavanella del Adige, en las Grandes Puertas del Silo y en la Cavanella di Pó, sus barcas y sus balsas entran en los rios de esos nombres, y subiendo por todos sus afluentes sacan del Frioul, el Polesina, las provincias de Padua, de Viena, de Verona, de la Lombardia, de Módena y de Parma y hasta de los Estados Romanos, las producciones de esas fértiles comarcas.

A los detalles que preceden anadiéremos que en 1849 el gobierno republicano de Venecia improvisó para la defensa de la ciudad obras de fortificacion; baterías y reductos en las islas y á las orillas de las lagunas, y á lo largo del recinto se podian armar 550 bocas de fuego. Además se prepararon cien lanchas cañoneras para la defensa de los puertos, de los canales y de las lagunas que tenian un total de mas de 500 cañones.

A. M.

Discurso apologético

DEL MÉRITO LITERARIO

DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

CONSIDERADO COMO POETA DRAMÁTICO.

Leido en sesion pública de la Academia de ciencias y literatura del Liceo de Granada, en ocasion de trasladarse á España desde Paris los restos del referido escritor.

POR DON JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE,

Sócio profesor de dicho establecimiento y de diferentes corporaciones científicas, etc., etc., etc.

ADVERTENCIA. Al escribir el presente discurso, se ha tenido á la vista la excelente y luminosa disertacion leída en la Academia de bellas letras de la ciudad de

Cádiz sobre la comedia moderna española, por el ilustrado y eminentísimo escritor y poeta gaditano el señor don José Joaquín de Mora. Cumplo con un deber de admiración y gratitud al presentar esta manifestación.

Admirad y callad: dijo.

QUINTANA: publicación de las poesías de Meléndez.

¿En una época en que la noble España, sacudiendo el mortal letargo en que yaciera, vuelve ansiosa la vista y fija sus miradas en aquellos objetos de dignísima recordación y memoria, en aquellos fúnebres y respetables restos que existían como olvidados en regiones extrañas; en una época en que una reina bienhechora, con la mas viva efusión de sus sentimientos generosos, se anima y los reclama para colocarlos en el panteón nacional, y á vista de un pueblo entusiasta por las glorias de su nación; en una época en fin en que los restos mortales del esclarecido Moratin han tenido su asiento en medio de sus admiradores, permanecerían en un ominoso y apático silencio las corporaciones científicas y literarias? ¿Las academias, los liceos, centros de ilustración y de cultura, no elevarán sus ecos elocuentes en justo y merecido elogio de tan eminentísimo autor, y en debido tributo de la augusta y poderosa mano que lo ejecuta?

Rindiendo pues el debido holocausto á la dignísima memoria de tan eminentísimo escritor, nos proponemos manifestar, aunque en brevísimos renglones, los merecimientos que lo han elevado al eminente estadio donde brilla, y donde se le admira por la consideración pública, nunca tan dignamente ofrecida y consignada como en la actualidad, al hombre grande, al eminentísimo escritor, al esclarecido vate que nos ocupa.

Dejando pues aparte la historia particular de los actos literarios y conocimientos científicos de Moratin, lo consideraremos en el apogeo de sus triunfos, esto es, como poeta dramático, y como el restaurador de la comedia en España, en la que operó en aquella época una general y verdadera revolución, fijando las leyes y las reglas olvidadas en aquel tristísimo período, y que han producido con su benéfica influencia los grandiosos beneficios que toca en la actualidad esta esclarecidísima parte de la ilustración pública.

Bajo este concepto daremos principio por patentizar que en la última época de la comedia española, no se presentó digno de la atención pública sino un hombre solo; pero un hombre que influyó sobre su siglo, ilustrando y engrandeciendo con sus producciones el inculto y casi olvidado espacio de la literatura.

Es cierto que en aquellos días de amarga recordación, el teatro se vió dominado por dos clases de poetas, que sucesivamente arrancaban una efímera pero exaltada aprobación. Los unos, si eran dignos del nombre de poetas, pusieron en boga unos dramas heroicos llamados impropriamente comedias, porque sus personajes famosos, y que la mayor parte eran de la mas alta gerarquía, siempre harán papel en la historia. La escena resonó largo tiempo con los tiros de los ejércitos, y quedó convertida en campo de batalla: allí se vieron sitios, desafíos, batallas, combates, consejos de guerra y acampamentos. Los Federicos, los Gustavos, los Carlos XII, salieron al teatro á deslumbrar á la muchedumbre ilusa: todas las reglas del arte y de la verosimilitud se quebrantaban en aquellas monstruosas composiciones: sin interés, sin acción, revestidas de un verso lánguido y prosaico, de una moralidad trivial é insulsa, ellas cayeron en breve de la opinion pública, llegando á poner en ridículo á los coliseos en que se representaban, y á los espectadores que las aplaudían.

La comedia florona ó sentimental fué la otra que vino tambien de lo mas frio del Norte á introducir un nuevo gusto que se apoderó tiránicamente de la escena, y á helar y fastidiar á los que estaban acostumbrados al calor y la sal de los Moretos, Solies y Calderones. No es del día agitar la ruidosa cuestión que ha dividido á nuestros literatos sobre el mérito de este género de dramas que inundó todos los teatros de Europa; pero contrayéndonos á nuestra época, convengamos en que las comedias sentimentales que con tanto aplauso hemos visto ejecutar en España, tales como *la Misantropía y arrepentimiento*, *la Reconciliación de los dos hermanos*, *el Amor y la intriga* y otras semejantes, además de inducir regularmente a una moral peligrosa, distan mucho de la regularidad que han dictado los legisladores del Parnaso, y sin la cual no puede jamás existir la belleza dramática.

Es cierto que un hombre célebre por su gusto en la literatura y por su profundo saber, dió á luz una comedia antes que Kostúes se hubiese hecho célebre con las suyas; es cierto que la acción del *Delincuente honrado* está perfectamente manejada; que el diálogo es vivo y natural, que el lenguaje es puro, fluido y castizo; pero chocar y atormentar las almas delicadas con los preparativos de un patíbulo, es tan opuesto á la conveniencia dramática, tan repugnante á las reglas del buen gusto, como el garrote de Moncaín, y las apariciones y horrores que manchan las obras de Shakespeare.

Por desgracia el gusto de estas composiciones no ha desaparecido enteramente de nuestro público: ¿pero cómo es posible que las aplauda por mucho tiempo cuando lo vemos correr con el mayor entusiasmo á las obras inmortales de Moratin? Si, señores; Moratin presentó obras completas en nuestro teatro: en él lucen á porfia todas las prendas y cualidades que sobresalen en los primeros poetas cómicos de todos los siglos y naciones: con ellas ha fijado para siempre el verdadero gusto dramático, y quitado de nuestros teatros las manchas con que lo habían afeado los desarreglos de

los antiguos, y las insulseces y monotonía de los modernos: sus obras lucen entre la inmensa colección de piezas dramáticas, como los escollos que levantan sobre los mares sus cimas orgullosas.

Es probable que el genio de Moratin hubiera volado en la difícil carrera que emprendió, si hubiese encontrado en aquella época mas admiradores é imitadores; pero es menester confesarlo; él abrió el camino á la escabrosa senda de los dramas arreglados, y ninguno caminó en pos de sus trazas: la injusticia no llegó empero hasta el extremo de negarle los elogios que nos arranca: los coliseos se llenan cuando se representan sus comedias; el pueblo no se cansa de oirlas, y aprende de memoria sus repetidas gracias. ¿Pero de cuántos medios no se ha valido la crítica para desacreditarlo? Se han ponderado pequeños defectos; se culpó el desenlace del *Baron*; la poca acción del *Viejo y la niña*, y algunas imitaciones que hay en *la Mogigata*, sin considerar que el vuelo del genio no se puede mantener siempre á una misma altura. Racine, autor de *la Fedra*, lo es de *Los dos hermanos enemigos*; el mismo ingenio que compuso *el Misántropo*, dió á luz *el Aturdido* y *la Princesa de Elide*; y el mismo que inspiró tambien *el Mahomet* y *el Tancredo*, produjo *el Edipo* y *el Hijo pródigo*.

Lo raro y admirable es que las producciones que acabamos de citar de unos mismos ingenios, presentan oposiciones tan señaladas, que parecen de talentos diametralmente opuestos; así es que al mismo tiempo que admiramos el Tartufe en *el Misántropo* como obra maestra de Molière, no podemos menos de indignarnos con las bajas chocarrerías de Seapin; la ridícula algaravia del enfermo imaginario, la insoportable seriedad de los amantes y otros innumerables defectos; empero Moratin no presenta semejantes contrastes. No todas las obras son del mismo orden; pero no hay en ellas monstruosidades, no hay delirios, no hay insulseces; siempre interesan, siempre excitan la risa.

Para convenir de una manera incuestionable en la perfección de las obras de nuestro célebre escritor, registraremos la mas débil, la primera de sus producciones dramáticas, *el Viejo y la niña*. Yo bien sé que ni el fondo de la acción ni su conclusión son aptas para una comedia; pero aparte de sus defectos, ¿hay muchas piezas, aun en los teatros extranjeros, que inspiren un interés mas vivo? ¿Se pueden presentar diálogos mas cómicos que los de los dos viejos? ¿En qué comedia antigua ni moderna se ve mas naturalidad en los diálogos, mas decencia y pureza en la elocución? Y si se enumeran las grandes perfecciones de los poetas dramáticos, ¿cuál de ellas no sobresale altamente en Moratin? ¿Se quieren gracias finas y un ridículo delicado? ahí están las ponderaciones del baron; la locuacidad de doña Irene; el pedantismo de don Hermógenes, y la gracia é inimitable ficción de don Serapion de Hinestrosa. ¿Se quieren caracteres dibujados con los rasgos mas activos? Doña Clara es una hipócrita astuta, un carácter falso y disimulado, y todas sus palabras y acciones concuerdan con esta primera idea que de ella nos formamos al principio. Don Claudio es un calavera mentecado, con todos los visos de un señorito de lugar, malisimamente educado, y con toda la presunción que de ahí se origina. ¿Se quieren lecciones de virtud en personajes interesantes por su honradez? El aparente mal humor de don Pedro en *el Café*, no es mas que el efecto de un genio demasiado aficionado á la razón, pero su corazón es tan benéfico, que él mismo protege y proporciona un establecimiento al autor de quien acababa de hacer una crítica sangrienta. ¿Y don Luis, no es en *la Mogigata* el modelo de los padres de familia? ¿Qué sabiduría en sus consejos! ¿Qué tino en la educación de su hija! ¿Qué indulgencia y bondad con la hipócrita! En fin, ¿se desea el acierto en los desenlaces, escollo tan temible para Molière? Prescindiendo de que en *el Si de las niñas* se prepara muy naturalmente, y lentamente se gradúa hasta el descubrimiento de los amores del sobrino, el desenlace de *la Mogigata* es el mas perfecto que se ha presentado jamás en ningún teatro, porque el descubrimiento que hace don Martin de la falsedad de su hija, no procede de un incidente extraño, nace no solo de la misma acción, sino del ridículo carácter de don Claudio, el cual reconvenido por don Martin acerca de la libranza de las monjas ya cobrada por Perico con el auxilio de su disfraz, cree atolondradamente que se le habla del papel de casamiento, y en consecuencia responde mil desatinos que descubren toda la intriga.

Faltaría á la consideración debida á esta ilustre corporación si me detuviera en aducir todas las pruebas del sobresaliente mérito de este célebre escritor. Me reduciré por último á significar que ni el nombre de Iriarte, respetable en la literatura, ni el de Forner, ni el de Trigueros, pueden rivalizar un momento con el de Moratin: sus obras formarán época, no solo en nuestra historia literaria, sino en la historia universal de los progresos de la poesía dramática.

Los dignísimos alumnos de las musas españolas, los admiradores é imitadores de Moratin, han purgado últimamente al teatro español de aquellos defectos que lo deslustraban. El fecundísimo Breton de los Herreros, el florido y elegante duque de Rivas, el elocuente Martínez de la Rosa, el profundísimo Quintana y otros esclarecidos escritores, nuestros contemporáneos, siguiendo por la florida senda que aquel genio subime les ha trazado, han elevado la escena española á la brillante altura en que la vemos en la actualidad, fijando en nuestras funciones escénicas el emblema del gusto, y promoviendo con sus lindísimas producciones el estímulo nacional y la emulación de los extraños.

Basta lo dicho para fijar, sin temor de oposiciones sistemáticas ó bastardas, el esclarecido mérito de Moratin: sus restos mortales que ya se encuentran en el seno de su patria, y entre los ilustres varones que la ennoblecieron, significarán siempre con su inalterable sosiego, aquel númen privilegiado que prodigó tan sábias lecciones á sus semejantes; y la nación española entonará himnos de gratitud y reconocimiento á la invicta Isabel, á la reina benéfica, á la dignísima bienhechora, que con mano generosa nos ha ofrecido esta joya preciosísima, aumentando con hecho tan maravilloso el esplendor, el lustre y rosicler de su corona.

Alejandro de Humboldt.

El baron Alejandro de Humboldt, que nació en Berlin el 14 de setiembre de 1769, descendía de una familia noble de la Pomerania. Su padre, el mayor de Humboldt, fué ayudante de campo del duque de Brunswick en la guerra de siete años. Alejandro de Humboldt recibió una educación brillante en medio de las circunstancias mas propias para desarrollar sus disposiciones extraordinarias. Sus primeros directores fueron Campe y Kunt, y mas tarde recibió lecciones particulares de los sabios mas eminentes de Berlin.

En 1786 pasó á la universidad de Francfort-sur-l'Oder, y en 1788 á Gottinge, donde recibió un grande impulso su educación científica. En 1790 emprendió su primer viaje de exploración, cuyo resultado fué la publicación de su primera obra *sobre los basaltos del Rhin con estudios sobre la sienita y la basanita de los antiguos*. En este mismo año Humboldt pasó á Hamburgo para perfeccionarse en el estudio de los idiomas extranjeros. Su familia queria que emprendiese la carrera administrativa, pero al fin obtuvo de su madre el poder ir á seguir en la Academia de Freiberg los cursos de Wertner, autor de la geología moderna.

A la muerte de su madre (1796), pasó á Italia y París. En esta capital fué muy bien recibido por los sabios franceses, y el Directorio lo autorizó á tomar parte en la expedición de Baudin; pero retardándose mucho esta expedición, se dirigió á España con su amigo Bonpland.

Humboldt encontró en Madrid protectores decididos, especialmente en el ministro don Mariano Luis de Urquijo. Presentado por este al rey, Humboldt le expuso todas las ventajas que podían resultar de una minuciosa exploración en las Américas españolas, y obtuvo para él y su amigo permiso para visitarlas libremente. El 5 de junio de 1799 ambos amigos se embarcaron en la Coruña en la fragata *Pizarro*, y despues de haber visitado el pico de Tenerife desembarcaron en Cumana el 16 de julio del mismo año. En el mes de marzo de 1804 dejaron aquel país despues de haber hecho multitud de estudios científicos y observaciones, y de haber explorado los principales rios de América. Humboldt desembarcó en Burdeos de regreso de su expedición, el 3 de agosto de 1804, y pasó muchos años en París á pesar de las grandes ofertas y súplicas de su gobierno.

En 1827 Humboldt cedió al fin á las instancias de su soberano, á quien solo hacia muy cortas visitas, y abandonando su residencia predilecta y la sociedad de los sabios franceses pasó el invierno en Berlin. El año 1829 emprendió su segundo viaje científico, visitando las provincias orientales de la Rusia y el Asia central; acompañándole en esta excursion Gustavo Rose y Ehrenberg. Humboldt se encargó de las observaciones astronómicas, magnéticas, físicas y geonósticas, confiando á Ehrenberg la botánica y la zoología y á Rose la química y la mineralogía con la redacción del diario de viaje. Los expedicionarios regresaron á San Petersburgo despues de haber recorrido en nueve meses, entre esta capital, la frontera china y el mar Caspio, 2,320 millas geográficas.

De 1830 á 1848 M. Humboldt residió alternativamente en Berlin y en París. Aun cuando quiso vivir apartado de la política, la confianza que su talento inspiraba á Federico Guillermo III hizo que este monarca le encargase diferentes veces misiones diplomáticas entre los gobiernos francés y prusiano. Despues de la revolución de julio, Humboldt fué el encargado de reconocer al nuevo rey Luis Felipe en nombre de Prusia.

Humboldt estuvo por última vez en París en 1847, dejando definitivamente la Francia algunas semanas antes de la revolución de 1848. Despues de esta época vivió en la mayor intimidad con el actual rey de Prusia, prosiguiendo á pesar de su edad avanzada sus trabajos científicos con tanto vigor como lucidez, y contribuyendo con sus consejos á todas las empresas de exploración emprendidas por los viajeros mas célebres. En los últimos días de su vida, Humboldt hizo un supremo esfuerzo para reunir en un vasto cuadro todos los tesoros de sus largos estudios. El resultado de tantos esfuerzos fué la publicación de una de las obras mas grandes del siglo, titulada *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo*, que constituye un verdadero «panorama del universo», como se le llama, cuadro grandioso de la naturaleza entera con su doble reflejo en la organización física y moral del hombre.

Miembro titular del Instituto francés como socio extranjero de la Academia de ciencias, Humboldt era tambien miembro de la de Berlin y socio honorario de las sociedades científicas mas ilustres del globo. Además de las mas altas condecoraciones de diferentes órdenes, el eminente naturalista prusiano era gran oficial de la Legion de Honor.

M. Humboldt ha escrito una multitud de obras que justifican los títulos que se le han dado de «creador de la geografía comparada», y de «renovador universal de las ciencias naturales.»



HUMBOLDT EN SU GABINETE DE TRABAJO.